

Fragment of a white label on the left edge of the book cover, containing some illegible markings.

Foll. 223-4

NECROLOGÍA

del ilustre propagandista republicano

DON FRANCISCO SUAREZ Y GARCIA

Ex-diputado en las Cortes Constituyentes de 1873

y ex-alcalde del Ferrol.

POR

SANTIAGO DE LA IGLESIA



FERROL

IMPRESA DE R. TORRES

1900

R. 9572

№: 23864

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00237353



D. Francisco Suarez y Garcia

Nació el 31 de Marzo de 1827 † el 15 de Marzo
de 1900.

NECROLOGÍA
DE
DON FRANCISCO SUAREZ Y GARCIA

NECROLOGÍA

del ilustre propagandista republicano

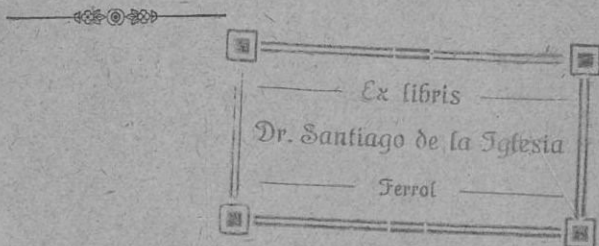
DON FRANCISCO SUAREZ Y GARCIA

Ex-diputado en las Cortes Constituyentes de 1873

y ex-alcalde del Ferrol

POR

SANTIAGO DE LA IGLESIA



FERROL

IMPRESA DE R. TORRES

1900

A los Republicanos del Ferrol

Con el pensamiento en vosotros he escrito estas páginas.

Teníamos una deuda con el anciano ilustre que sembró en el Ferrol la semilla de la democracia republicana.

Alguien había de pagarla y yo me tomé el atrevimiento de representaros ante las cenizas de Suarez Garcia.

He puesto de mi parte todo lo posible para realizar mi propósito procurando dejar á salvo los respetos que me merecen todas las opiniones honradamente profesadas.

Haced justicia por lo menos á la intención recta y desinteresada que ha movido mi pluma al honrar á quien fué nuestro Jefe, persuadido de que colocaba una piedrecilla en el edificio de nuestros prestigios.

En estos empeños, como en todos los que reciben calor de la pasión política, rara vez se obtiene como premio la estima y el aplauso de los compañeros de armas en las luchas de la idea, antes por el contrario, es, si no fácil, posible, encontrar desdenes ó agravios como frutos del trabajo realizado robando las horas al sueño, del sacrificio de los intereses materiales, y del alejamiento, siempre molesto, de la calma y el silencio del hogar.

Pero yo ofreciera estas páginas á la memoria de Suarez y hebe de escribirlas sin temor á nada y previéndolo todo.

Quise hacer de ellas una edición tan esmerada como los adelantos tipográficos de nuestro pueblo felizmente permiten, y bien sabeis muchos de vosotros que me fué imposible por obstáculos de la opinión, soberana en los partidos populares.

Di un desarrollo mucho mayor al original y la dura realidad se me impuso.

De estas deficiencias mi conciencia me absuelve, tanto como me acusa de las literarias.

Santiago de la Iglesia.

Nacer, vivir y desaparecer sin haber sido útil mas que á sí mismo es constituirse voluntariamente en átomo nocivo ó molécula perturbadora en la grande elaboración á que Dios destina todos los seres, todas las cosas, todas las fuerzas y todos los movimientos de la naturaleza.

(F. Suarez García, en «Los Demócratas ó el Angel de la Libertad»,—1863.)



DOS PALABRAS

SOBRE EL MOTIVO DE ESTAS PAGINAS

(Fragmento del discurso pronunciado por el autor en la solemne velada necrológica celebrada en el Teatro Jofre del Ferrol en la noche del 13 de Mayo de 1900)

.....
.....
«No tan solamente obligado por apremiantes e ineludibles deberes de comunión política vengo aquí para honrar y enaltecer la memoria del Jefe y Maestro de la actual generación republicana.

Si ese fuera mi único propósito pudiera alguien juzgarme movido y exultado por ciego sectarismo.

He de venerar, sí, al republicano consecuente y al honrado patricio, he de encarecer, sí, su obra política, pero quiero también como vecino del Ferrol y como gallego amante de los prestigios de su tierra analizar los merecimientos del conterráneo ilustre con independencia de su significación política.

Si, vengo aquí ante todo á honrar al ferrolano, al gallego ilustre, persuadido de que al honrarle á él nos honramos á nosotros mismos.

No estamos aquí tan sobrados de hombres, de caracteres, de publicistas, de ilustraciones, que nos sea lícito encerrar silenciosamente en el panteón del

olvido á quienes consagraron su vida entera á la lucha por la civilización, por el progreso, por la libertad, por el derecho humano, por el mejoramiento de sus semejantes.

Aquí, donde se enaltece y casi deifica á los escépticos, á los tráfugas de la política, á los descreídos que cruzan la vida sin fé, sin ideales, sin otra aspiración abstracta y suprema que su medro y personal provecho, aquí donde se consagrañ las vías públicas y los monumentos, los elogios de la prensa y hasta las estrofas de los poetas, donde se ha levantado estátuas en vida, á los políticos que nos trajeron con la ruina, con la ignorancia, con la reacción, al hundimiento de nuestra escuadra en el mar y al descrédito de nuestro ejército no vencido, aquí donde tales monstruosidades suceden ¿no ha de ser lícito á un partido, que digo á un partido, á un pueblo entero, venir á rendir pública ofrenda y testimonio de gratitud y veneración al hombre que luchó toda su vida con esos otros hombres á quienes los políticos monárquicos de Logroño, de Vigo, de Málaga, de la Coruña y de cien pueblos más, á manera de mendigos agradecidos intentan elevar á una ridícula é imposible inmortalidad?

Una idea me desalienta y una consideración me anima al intentar hacer el bosquejo biográfico de Suarez García. Es la primera la conciencia de mi propia pequeñez que habrá de suplir vuestra benevolencia, siempre pródiga para mí y para los hombres de recta intención, sobre todo en localidades como el Ferrol en donde no existen grandes centros universitarios, en donde no hay abundancia de hombres encanecidos en las lides de la cátedra, del parlamento y del foro, donde hay que aceptar á los pequeños á los que aun poniendo en prensa nuestras facultades no logramos llegar con tanto esfuerzo al mas bajo escalón á donde rara vez descienden los grandes pensadores.

Pero á parte de estas consideraciones que pueden

disculpar la osadía que implica mi labor de esta noche, hay otra mas poderosa que me da derecho á vuestras benevolencias.

Era la víspera de la muerte de Suarez. La lucidez que á veces destella como chispazo de hoguera que se estingue en el cerebro de los moribundos moviéndole á llamar á una persona muy allegada: mandole bajar de un estante unos legajos y dijole con admirable serenidad: «Yo me muero; sea hoy ó mañana, muy pronto: cuando yo haya muerto, dé V. esos papeles á Santiago de la Iglesia, porque si alguna vez se ha de escribir mi biografía en el Ferrol, yo sé que será él quien la escriba.» Al otro dia era cadáver.

Señores: los ruegos y los deseos de un hombre en el momento en que traspone los umbrales de la vida tienen algo de sagrado. Yo considero como tal el deber de escribir la biografía de Suarez, de la cual es síntesis lo que yo diga esta noche y pequeño anticipo del pago de mi deuda. Dignaos aceptarlo en tal concepto y facilitarme con vuestra benevolencia el cumplimiento de mi difícil misión.

El postrer deseo de Suarez es prueba evidente de la eterna aspiración humana á supervivir en la memoria de nuestros semejantes, á immortalizar algo nuestro que escape á las destrucciones del sepulcro. En el momento supremo en que se desatan los lazos que unen los elementos de nuestro ser, podremos anular todos nuestros afectos, todas nuestras pasiones, todos nuestros intereses terrenales, menos la instintiva tendencia á que sobre nuestra tumba flote y perdure algo de nuestra personalidad.

Yo he aceptado como mandato el deseo de Suarez y empiezo á obedecerlo.

Pero además de esta razón, de suyo obligadora, muéveme otra no menos poderosa. Los hombres que informan y dirigen el partido republicano del Ferrol y cuyo voto merece para mi todo género de respetos habian pensado en principio el dia del fallecimiento del Sr. Suarez Garcia, en saludar el descenso de su

cadáver á la tierra, con algunas frases de triste despedida y de justo elogio: yo era uno de los designados para cumplir este deber. Contra mi deseo y obediendo al de la familia del finado, en estos casos ley, el sepelio que hubiéramos preferido de día, á las 12, realizose al anochecer y por obstáculos de la agencia funeraria (que así influyen en la vida las cosas pequeñas) el entierro terminó en plena noche; millares de personas se estrujaban en las puertas de un recinto como el del Cementerio de disidentes en el que no caben cien. Con las levitas desgarradas por los ahogos de la muchedumbre cariñosa y entusiasta por el muerto, á la que no pudo contener numerosa guardia municipal, en completas tinieblas (1) que hacía mas densas la luz de un farolillo, sin vernos unos á otros, vacilando las columnas de mármol y los jarrones que decoran aquellas sepulturas que iban á ser arrasadas no por falta de respeto, sino por ley de toda gran aglomeración de una muchedumbre aguijada por la curiosidad de oír lo que se dijese, rendímonos á la ley de la imposibilidad y dimos la vuelta disgustados por no haber podido rendir este último tributo al muerto y no haber podido complacer á los vivos. De aquí surgió la idea de suplir aquello en forma mas solemne aunque menos conmovedora y emocional, celebrando esta velada, ofrenda de afecto y de perdurable recuerdo á quien fué un tiempo verbo y expresión de los sentimientos populares de su época, del que fué maestro de muchos, compañero de los campeones que al luchar sembraron la semilla que hoy fructifica y se ostenta llamada á espléndida floración.

Las lejanías agrandan á los hombres, las cercanías los empequeñecen, al revés de lo que sucede en óptica. Tenedlo así presente si alguna vez os pareciese exagerado mi juicio. Muchos hombres que pasan por

(1) 7 y media de la noche en Marzo.

grandes os parecerían chicos, si los vieseis á la distancia á que nosotros vimos á Suarez.»

.....
.....
En los anteriores periodos aparecen claramente los motivos que me impelen á escribir la necrologia de Suarez García.

Sirvan ellos de exculpación para los atrevimientos que implica mi tarea, pero no por ello he de conceptuarme exento de las reconvenciones de la crítica, que desde luego acato, por severas que ellas sean, como justas y merecidas.

Tengo, si, el derecho de hacer una afirmación.

Al escribir la biografia de D Francisco Suarez, no intento y aunque lo intentase seguramente no podría lograrlo, escribir una obra de pretensiones literaria. Quiero, me propongo desde un principio con voluntad decidida hacer un pequeño *libro de familia*, grato á quienes conocieron y amaron al biografiado, un libro *para casa*, por decirlo así, que inspire no el interés de la narración por su forma, sino por los recuerdos que evoca y por los afectos que mueve en aquellos de quienes el muerto fué querido ó venerado, un libro que nos persuada á nosotros mismos de que ni todo lo de lejos es grande y digno de admiración, ni todo lo nuestro es tan pequeño que no merezca primero estudio y análisis, luego respeto, estima y afectos,

Y mas es necesario prestigiar así á los hombres civiles, modestos, hijos del trabajo, en aquellos pueblos demasiado afectos á las oligarquias y propensos á inmortalizar á quienes no por pertenecer á una clase social determinada y vivir cubiertos de colores y brillantezas han sobresalido del nivel medio de su tiempo y de su condición, pueblos que, quizá por atavismos de raza, miran con desden á los que como Cincinnati descienden desde la altura del legislador á empuñar la esteva del arado.



Sus principios.—Su juventud.—Su vida en América.
(1827—1860)

Nació D. Francisco Suarez y Garcia el 31 de Marzo de 1827 en la casa número 154 de la calle de la Iglesia, del Ferrol, siendo sus padres el Procurador de los tribunales D. Antonio Suarez y Doña Maria Garcia.

Al igual que sus hermanos D. Jenaro y D. Juan, recibió una instrucción basada fundamentalmente en las ciencias matemáticas y en los idiomas, como estudios mas aplicables á las carreras de mar á que entonces se dedicaba la mayoría de la juventud ferrolana, estudios á que añadió los del pilotaje y, como natural consecuencia de esta dirección, ingresó de meritorio en el cuerpo de Pilotos de la Armada, que tan buenos servicios ha prestado en la Marina de Guerra y del cual procedieron insignes marineros que llegaron á la mas alta gerarquía de la Armada.

Embarcado en la fragata Perla (1) sirvió en ella hasta que disuelto el cuerpo de Pilotos, para constituir en forma parecida á la actual el Cuerpo General de la Armada, disposición que sobrevino encontrán-

(1) 16 de Junio de 1845.

dose el citado buque en la estación naval del Río de la Plata, hubo de renunciar forzosamente á sus propósitos de conquistar una posición por aquel camino y desembarcó en Montevideo, mereciendo una certificación honrosísima de su inteligencia y conducta (1).

El destino, la casualidad, le colocaban por modo inesperado en condiciones de emigrante como tantos otros jóvenes de su edad y condición que iban á América en busca de un porvenir y una fortuna muchas veces logrados por hijos de Galicia. Tenia entonces veintiun años.

En las circunstancias en que se encontraba ofreciósele el comercio entonces próspero de aquellas inexploradas tierras como esperanza de prosperidades. La respetable casa comercial de Gradin, en Montevideo, le abrió sus puertas y aunque tan joven, confiábale á los pocos meses de su entrada la caja y teneduría de libros, cargo que debió desempeñar en muy especiales condiciones, puesto que al abandonarlo amistosamente (2) seis años despues para entregarse á mas fecundas actividades, Gradin le expedía una declaración encomiástica, manifestando que «se habia hecho acreedor á su amistad tanto por su inteligencia y probada honradez como por su circunspección y condiciones morales que le granjearan el afecto de su familia y de cuantas personas le trataban.»

Hasta aquí nada nos revela en el joven Suarez el menor indicio de aptitudes literarias, de llamamientos al trato de las Musas, ni de vocación á las luchas políticas. Es el hombre de actividad y de honradez que busca la fortuna en el campo mas á propósito para encontrarla y que demuestra que ni tiene que hacerse violencia para la vida comercial, ni carece de naturales disposiciones para ello. La gestión del vasto negocio de exportación de los guanos en que lleva los poderes plenos y unipersonales de la casa Gradin, ne-

(1) 3 de Febrero de 1848.

(2) 25 de Junio de 1854.

gocio en el que se manejan capitales cuantiosísimos y en el que ocurren incidencias de tal magnitud como la contratación de una semi-flota velera, empresa, en fin, personalmente representada por Suarez; solo deja ver en él á un hombre tan laborioso como inteligente, consagrado con alma y vida á la fiebre de los negocios, pero á mil leguas de distancia de todo escaqueo literario y de toda producción poética.

Y sin embargo, por aparentes contradicciones de la vida ó por revelaciones del *algo* interior que se impone al medio externo y que desmiente la lógica de los hechos, Suarez aparece en esa época (1) dedicando un tomo de poesías sagradas al Capitán General y Gobernador de la provincia de Corrientes D. Juan Pujol de quien poco mas tarde habia de ser tierno amigo y hombre de confianza. Pujol, espontaneamente y sin que el autor lo solicitase, se brindó á imprimir por su cuenta el tomo, del que no puedo encontrar ni un ejemplar, ni un borrador, ni el mas leve indicio, entre los papeles de Suarez; bien que no me ha sido lícito hacer en ellos la detenida selección que yo hubiera deseado.

¿Fueron las instancias y la protección de Pujol lo que determinaron á Suarez á abandonar el campo comercial para él entonces lleno de halagadoras esperanzas? Posible y aun probable es, porque de otro modo no se explica su cariñosa despedida de la casa Gradin y su lanzamiento á un mundo enteramente nuevo y para él desconocido, como lo era el complejo medio de las letras, la política, la administración pública y sobre todo esto, del periodismo, ocupación dominante de toda su vida.

No es ciertamente nuevo este caso de inconsciente atracción hácia aquello que quizá diferenciaciones individuales de organización imponen á la voluntad y al albedrio como ley irresistible, atracción que con

(1) Mayo 22 de 1854.

discutible exactitud filológica ha sido llamada vocación.

Apenas pasan unos meses y Suarez á pesar de su juventud (1) y de la inexperiencia que es su inseparable compañera, llega a desempeñar tan diversos cargos y á revelar tan contrapuestas aptitudes, que cuesta trabajo concebir su facultad de adaptación y su fortuna para merecer los constantes elogios que recibe donde quiera que realiza tan heterogéneas funciones.

Para explicarse la rápida elevación de Suarez en una tierra extraña para él, como lo era la República Argentina y su mas rápido apoderamiento del afecto y de la confianza de los principales hombres de Estado, no basta conocer su carácter profundamente simpático por ley del destino. Es necesario tener en cuenta las condiciones de las repúblicas hispano americanas, entonces recientemente emancipadas de la Metrópoli.

España jamás fué colonizadora; fué conquistadora y aventurera; la cruz y la espada fueron sus armas y sus instrumentos; Hernán Cortés es el símbolo y el prototipo de sus glorias, quemando sus naves y conquistando con un puñado de valientes el vasto imperio de Moctezuma, de cuya extensión, poderio y civilización cuesta trabajo darse cuenta cumplida. Rápida es la transformación de aquellos pueblos, mas rápida, si se atiende á la diferencia de los tiempos, de lo que pudo ser la europeización de Australia, del Orange, del Transvaal con los actuales medios de locomoción y cultura. Pero la transformación no podía ir mas allá del estado de progreso de la misma metrópoli, que en fines del siglo pasado terminaba el periodo de su brillante misión histórica en los destinos de la humanidad, tan brillante como lo habia sido la del colosal imperio romano. Extensiones inmensas á bre-

(1) Septiembre de 1854.

ve distancia de las costas eran casi desconocidas, y las que no inexploradas, estaban despobladas. La cruz y la espada habian realizado su misión donde habia hombres: cuando terminó esta misión, cuando el indio, cuando el gaucho fué cristiano y súbdito humilde de la corona española, cuando el fraile y el soldado terminaron su obra, cuando debia empezar la labor económica, el imperio español era imposible. La matrona fecunda tenia lacio y exahusto el seno exuberante que nutriera tantos pueblos y tantas generaciones y llevaba en sus venas los frios y los desalientos de la senectud. La España de los reyes de hierro era ya la España de los reyes imbéciles; al gran Carlos V y al terrible Felipe II sucedieran el estúpido Carlos IV y el ruin Fernando VII, empeñados en matar cuanto en la península hubiera de ciencia, de progreso, de cultura europea, de libertad y en ahogar las nuevas necesidades que la revolución francesa y las invasiones napoleónicas habian creado en todo el viejo continente. La decadencia que se inicia en los Austrias con Felipe IV y con el estúpido y degenerado Carlos II, la miseria que se acentua con las luchas civiles de Felipe de Anjou y que solo se detiene por un momento en Carlos III, gracias á estadistas inmortales como el conde de Aranda, se precipitan con los últimos Borbones; con ellos sobreviene la pérdida de las Américas, con ellos nuestro Trafalgar y nuestro reciente y vergonzoso Sedan y con ellos ¡ojalá! no veamos la pérdida de nuestra nacionalidad.

España ya no podia dar lo que no tenia á sus inmensas colonias americanas; ni cultura, ni civilización ni vida; solo podia dar los frutos de la ignorancia y del fanatismo, que se enseñoreaban de ella misma.

Al surgir, pues, la emancipación del Sud-América por ley fatalmente inevitable, al abandonar el suelo argentino el último fraile y el último soldado, la vieja España solo dejaba allí como funesto legado su ignorancia y su fanatismo, y lo que es peor, los gérmenes de un autoritarismo tiránico, refractario á todo dere-

cho y á todo principio de libertad, gérmenes que mas tarde habian de engendrar al tirano Rosas, de estremecedora recordación en Buenos Aires, á cuyo cuerpo parecia haber transmigrado desde las heladas estepas de Rusia el alma cruel de Ivan el Terrible y desde Italia el espíritu sanguinario de Neron.

Tales eran, en síntesis, los elementos sociales de las repúblicas sud-americanas, un tanto atenuados por la inmigración siempre creciente que aportaba elementos viriles y sanos de Inglaterra, de Francia, de Italia, de toda la Europa latina y sajona.

La emancipación apenas databa de 44 años en la época en que yo estudio á Suarez.

El Estado de Buenos Aires, provincia separada del resto de la Confederación Argentina desde 1834 hasta 1859, fuera tiranizado durante muchos años por el sanguinario Rosas, mientras las trece provincias restantes disfrutaban de la liberal y benéfica presidencia de Urquiza y marchaban por el camino de una prosperidad siempre creciente.

La ilustrada administración de Urquiza, con excelente sentido práctico, amparaba y acogia benévola á todos los elementos cultos, activos, laboriosos, que la emigración arrojaba á millares en aquellas hospitalarias playas, donde tantas fortunas improvisaron centenares de españoles, de gallegos, de ferrolanos.

No se pedia á aquella juventud ávida del aire de la libertad y de un trabajo remunerador, no se la pedia la educación formalista y estéril de nuestras universidades: allí no era necesario el conocimiento de los clásicos latinos y griegos, ni la posesión de la aparatosa ciencia oficial: á aquella juventud inmigrante se le pedia tan solo honradez, inteligencia, laboriosidad. Así es que nuestros jóvenes, carentes de títulos profesionales, fueron la base y el plantel del profesorado: el celo y la aplicación suplieron á los pergaminos académicos; las facultades naturales y los talentos no cultivados, pero cultivables, sustituyeron á los tradicionales Arcades españoles; quizá la forma externa

y artística dejaba que desear, pero en el fondo de aquella sociedad heterogénea, palpaba, bullia la vida como en laboriosa colmena, en que el trabajo *hierve*, al decir de Horacio, la tierra centuplicaba el capital confiado á sus vírgenes entrañas, la población cundia al interior, á donde nunca habian sabido llevarla los linajudos virreyes españoles y en las costas se convertían en populosas urbes, pueblos poco antes semi-rurales.

Veamos ahora el papel de Suarez en aquella vertiginosa y fecunda elaboración social.

Al colonizarse el territorio, y como es consiguiente, al organizarse la población en el orden administrativo y político, hacían falta hombres de iniciativa é inteligencia que se pusiesen al frente de la Administración de los pueblos. Para la recientemente establecida municipalidad de Goya, fué Suarez designado por el General Pujol (1). Muy complejo y laborioso fué para él este destino.

La República habia celebrado contratos para fomentar la inmigración: los buques llegaban cargados, abarrotados de seres humanos, en tal número, que originarian un conflicto económico y una perturbación de orden público, si no estuviesen previsoramente dispuestos los elementos necesarios para posesionarles inmediatamente de las tierras, previamente tasadas y repartidas en lotes, y para entregarles la cantidad en metálico que el tesoro del Estado les adelantaba para su instalación.

Uno de los territorios en que esta colonización se realizaba con mas actividad era la provincia de Corrientes: al frente de la Junta de colonización vemos á Suarez, pocos meses despues de su salida de la casa comercial de Gradin, manteniendo una activísima correspondencia con el Capitán General y Gobernador D. Juan Pujol, en la cual se refleja elocuentemente la estima en que éste le tenia y la actividad que era

(1) 29 Noviembre de 1854.

necesario desplegar; porque las expediciones se sucedían, la internación de los colonos era constante, y acontecía á veces que los peritos demoraban, mas de lo que la urgencia permitía, la tasación, mensuración y reparto de lotes de los terrenos vírgenes de cultivo, no pocas se entorpecía la regularidad de la remisión de metálico y á cada momento surgían pequeños conflictos y apremios de tiempo, á los que Suarez como Presidente de la Junta y mandatario inmediato del Gobierno habia de atender. (1) Concíbese al leer aquellas cartas que en ciertos días la vida de Suarez debió ser penosísima y laboriosa hasta rendir las fuerzas. Inútil es que se diga á cuantos agios y depredaciones se prestaba el cargo. Suarez salió de él, no solo sin capital, sinó con ahorros tan modestos, que hubo de continuar prestando sus servicios á la administración.

Pero no solamente hubo Suarez de entregarse tranquilamente á las tareas fecundas de la paz por estos tiempos. España habia dejado en América algo del espíritu aventurero y levantisco de su raza, algo de sangre árabe que encontraba terreno abonado en el clima y en la condición social de la gente americana, para dar lugar á frecuentes revoluciones y discordias civiles que llenan casi por completo la historia moderna de las repúblicas latinas en América.

Una de ellas fué la abortada tentativa del ambicioso Cáceres, secundado por Plácido López, que por un momento puso en peligro la obra de organización y de cultura de la confederación Argentina. Suarez, leal hasta el último extremo al General Pujol y al Presidente Urquiza, asocióse á los escasos jefes y elementos militares de Goya, cogregó á los paisanos y constituyó un núcleo de resistencia á la invasión de

(1) «Hace falta le decía el General Pujol una persona de la entera confianza del Gobierno que se entienda con las expediciones de colonos que están á llegar, que les provea y atienda según los compromisos contraídos por el Estado: es necesario que parta V. al campo.» 25 Diciembre 1854.

Plácido López que coadyuvó mucho á la derrota y al fracaso de éste. No de otro modo se explican las frases de gratitud y de afecto entrañable que el General Pujol le consagra en una carta á raíz de los sucesos. (1)

No fué esta la única vez que Suarez expuso la vida en defensa de la situación y de la persona de Urquiza, cuya presidencia fué amenazada mas de una vez por conspiraciones en cuyo plan entraba como base el asesinato del Jefe del Poder Ejecutivo.

Una prueba del estado rudimentario en que se encontraba entonces la organización entera de los vastos territorios de la Argentina es el nombramiento de Suarez para el cargo de Asesor de los Tribunales civiles de Goya, (2) probablemente desempeñados por hombres profanos á la ciencia jurídica, especie de jurados permanentes que entendian asi en lo civil propiamente dicho, como en lo criminal.

Partidario entusiasta como fué siempre Suarez de difundir la instrucción, aparece en aquel tiempo como obligado miembro de toda colectividad llamada á proteger las escuelas y á intervenir en su régimen, desde la inspección hasta los detalles de adquisición del material de que carecian.

Es imposible desconocer que nuestro paisano pertenecía á los intelectuales de aquella época y de aquel medio sócial: así se le vió escribiendo entonces un tratado de puntuación y ortografía, materia de que andaban bastante mal los argentinos, á juzgar por la correspondencia de sus hombres de Estado.

Pocos meses mas tarde, la grave enfermedad del contador y vista de Aduanas del puerto le obligó á encargarse, sin pérdida de horas, de este destino, toda

(1) 10 Marzo 1855 «solo merced á los servicios de los buenos patriotas como V. y á la decisión de los Jefes militares, ha podido sofocarse en su cuna la anarquía que nos amenazaba.»

(2) 27 Marzo 1855.

vez llegaban los buques á la rada y se hacia forzoso despacharlos. (1)

Dueño de la absoluta confianza del General Pujol, es comisionado en Marzo del 56 para comprobar la extensión y propiedad de los terrenos urbanos, que originaran una complicada cuestión.

Por este tiempo aparecen los primeros trabajos periodísticos de Suarez como corresponsal del Diario del Paraná, (2) pero sus aptitudes y la confianza que merecia al Gobierno le alejan por algun tiempo de este género de ocupaciones y le obligan á aceptar la Comisión de Colonización del territorio de las Misiones. (3)

¿Como y porqué abandonó Suarez estos cargos y comisiones en que otro hubiera labrado una fortuna y porque fortuitos accidentes aparece en Noviembre del mismo año de 56 entrando como redactor del periódico El Comercio, en la ciudad de Corrientes, con un sueldo harto modesto?

Es que el periodismo ejercia en él obsesion inesplicable é irresistible atracción. Es que, por accidentes de la vida, podia él consagrar sus indiscutibles y múltiples aptitudes á cualquier clase de tareas, pero el periodismo era la mas grata y fácil de sus ocupaciones, aquella para la cual habia nacido por ministerio del destino. En Goya, en Corrientes, en el Paraná su pluma era muy conocida y tengo indicios, aunque no documentos, para afirmar que ya en aquella época consagraba sus escasos ocios al cultivo de las letras, ya en verso, ya en prosa; afición seguramente no interrumpida desde que dos años antes habia dedicado á su protector y amigo un tomo de poesias del género sagrado.

Entró, pues de lleno Suarez en la vida periodística, primero como redactor del Diario de Corrientes,

(1) 18 de Septiembre de 1855.

(2) Mayo de 1856.

(3) Julio 15-1856.

y en él hizo la defensa de la situación Urquiza y la própaga de todo aquello que condujese al aumento de la cultura, de la instrucción, del desarrollo de aquel país, así en el orden intelectual como en el económico, tarea que prosiguió en *El Comercio* durante los primeros meses de 1857.

No obstante llevarle á la prensa sus aficiones y tendencias, no debia ser muy próspera y fecunda entonces la vida de los diarios sud-americanos, por cuanto en Marzo del 57 y siendo redactor de *El Comercio*, es nombrado oficial del negociado central de Estadística y seguidamente miembro del Consejo Administrativo de una Loteria Nacional, recién creada, para atender con el 25 por 100 de sus productos á la obra de edificar templos en aquellas dilatadas campañas recién roturadas, donde ya la población era muy densa y siendo en su totalidad católica, carecia de iglesias, á veces en una extensión de veinte leguas.

¡Contrastes de las realidades de la vida! El hombre que habia de morir proclamando la libertad de conciencia y rechazando todo rito, todo culto externo, habia contribuido con su actividad y sus aptitudes á la creación de mas templos que algunos venerados fundadores, obligado por su adhesión á un Gobierno á quien á su vez compelia la opinion de millares de hombres creyentes.

Poco hubo de durar en este cargo, para tornar al periodismo, dirigiendo el diario *La Opinion*.

Contados meses habian pasado, cuando Pujol le hace aceptar la Dirección de Instrucción pública, (1) en la cual prestó quizá los mejores servicios de su vida en América: en esta época su Tratado de Puntuación fué declarado texto oficial en las escuelas de la República

El afecto del General Pujol, siempre creciente, lo llevó un año despues (2) á su Secretaría de Gobierno

(1) 8 de Octubre de 1857.

(2) 29 de Diciembre de 1858.

como oficial mayor, afecto al negociado de asuntos reservados, en donde Suarez adquirió la clave de toda la política internacional respecto del Súr-América: hasta tal punto es esto exacto, que apenas transcurrido año y medio, el Ministro de Estado escribía á D. Santiago Derqui (que subió á la Presidencia en 1860: «En breve coloquio que tendrá con V. el amigo Suarez le enterará á V. de los negocios de la política, que nadie está mas al corriente que él de los pormenores buenos y malos de las cosas. . . Escuso de hacer elogios de Suarez; es el amigo fiel, el verdadero Cirineo de Pujol en los tiempos difíciles que atravesamos.» (1)

No es posible afirmar si esta incesante variación de destinos y ocupaciones, si tan vertiginosa y agitada vida, siempre amenazada por la conjura y la insurrección, que habian de hacer blanco de sus iras al hombre de confianza del General Pujol, fatigó ó no á Suarez, haciéndole pensar en mas reposada existencia. Quizá soñó en mas ancho campo para sus aficiones literarias, nunca por él abandonadas; quizá la imaginación, siempre aduladora en los jóvenes, le prometió fáciles triunfos en el periodismo y en las letras de su verdadera patria, en Madrid, llama esplendorosa que á tantas mariposas atrae para quemarles pronto las alas. Fuese esto ó no, ello es que el General Pujol solicitó para Suarez, á instancias de éste, la Secretaría de la Embajada Argentina en Madrid, merced que sin dificultad le concedió (2) el Presidente Urquiza que tanto le estimaba: sin embargo de esta concesión, azares y exigencias de la política le obligaron á aceptar la Secretaría de la Legación Argentina en Paris, (3) ya que la de Madrid no pudiese ser por el momento.

(1) Carta de 26 de Junio de 1859.

(2) Marzo de 1859.

(3) Abril de 1859.

Pidió prórroga Suarez para posesionarse y le fué concedida por el Ministro Plenipotenciario en frases cariñosísimas.

Estaba escrito en el libro de sus destinos que antes de partir experimentase una de las mas amargas decepciones de su vida y que se embarcase para la península tan pobre como saliera de ella quince años antes, despues de algunos meses perdidos en inútiles negociaciones para proporcionarse los recursos de que carecia.

Forzoso se hace reconocer y confesar que el hombre que despues de haber desempeñado los cargos que quedan enumerados y de haber merecido la confianza de los hombres de Estado de una nación como la Argentina, no utiliza esa confianza, no abusa de su posición y no se crea un capital, sobre todo no teniendo vicios, como nunca los tuvo Suarez, posee una honradez poco comun y un fondo de moralidad que es imposible desconocer.

El afecto del Presidente Urquiza se reveló una vez mas en los últimos dias de la permanencia de Suarez en América, confiándole la misión, bien escasamente retribuida, de escribir y publicar una ó mas revistas mensuales en los periódicos de mas crédito de España acerca de las riquezas y producciones de la Confederación Argentina, con el objeto de estrechar los lazos comerciales y el tráfico con la antigua metrópoli.

Embarcó Suarez para la Península en un buque velero de los que invertian setenta y mas dias en la travesía, trayéndose el mismo capital con que partiera á América en Junio de 1845, despues de una vida tan laboriosa como la que dejo bosquejada y de haber desempeñado cargos tales como el de Presidente de la Junta de Colonización, en los que hubiera labrado una fortuna quien no tuviese sus convicciones y sus austeridades.

(1) Junio de 1860.

Al regresar á su ciudad natal, era su propósito abrazar á su familia, descansar unos dias y emprender en seguida su viaje á Paris para posesionarse del cargo de Secretario de la Embajada Argentina, para el que fuera nombrado el año anterior. Este empleo continuaba desempeñado interinamente gracias á la benevolencia del Ministro D. Juan Bautista Alberdi, á quien encomiástica y cariñosamente fuera recomendado por el Presidente de la República señor Urquiza.

«Si el estilo es el hombre, escribia Alberdi á Suarez, concediéndole prórroga, su carta de V, bien escrita y bien sentida, me dá de su persona la mejor idea: pero nada como el precedente de tener V. la confianza y la amistad de mi ilustre amigo el señor Presidente. (1)

Esta prórroga, extraordinariamente prolongada á instancia de Suarez, é inexplicable á primera vista, tiene un origen que no debe omitirse, si ha de formarse cabal idea de la vida de mi biografiado.

Suarez, que siempre vivió sobriamente, invirtiera sus escasos ahorros en comprar terrenos desiertos é incultos en el Paraná, con la esperanza de que el aumento de población acrecentaria su valor al cabo de pocos años. Tal ha sido el origen de algunas cuantiosas fortunas rapidamente constituidas en el Sur de América por muchos españoles.

Pero, á penas es preciso decir que, cuanto mas desiertos y alejados de los poblados y de las vías se hallasen los terrenos, mas pequeño debia ser su precio y mas lejano el plazo en que este se acrecentase.

Y tan excelente debió ser la compra de Suarez que cuando al marchar á Paris quiso realizarla, no encontró comprador, ni en buenas ni en malas condiciones. Para estas inútiles tentativas de venta habia él solicitado la prórroga referida.

(1) Fecha 7 de Agosto de 1859.

La especial filosofía de Suarez le hizo resignarse bien pronto á la pérdida de sus esperanzas, al sacrificio de los mas hermosos años de su juventud, á entrar, en fin, en el Ferrol, tan pobre como habia salido.

Al abandonar la república Argentina, no era ya tan favorable para Suarez la situación política como lo fuera hasta allí. Su entrañable amigo el General Urquiza iba en breve á ser reemplazado en la presidencia, sin que le valiesen los prestigios de sus victorias en Pago Largo, en el Sauce, en India Muerta, en Laguna Limpia, en Vences, ni su patriótico pronunciamiento contra el tirano Rosas, ni el haberle derrotado en la memorable batalla de Caseros, como no le impidió su brillante historia de general y su civilizadora obra de estadista el ser asesinado con sus hijos en 1870. ¡Tal es la sangrienta y no interrumpida historia de nuestras provincias americanas!

Quien quiera que sucediese á Urquiza, ni aun el mismo D. Santiago Derqui, conocedor y amigo de Suarez, no habia de sentir por este los tiernos afectos que Urquiza, ligado al ilustre ferrolano por gratitudes inolvidables.

Al variar la persona que ocupase la Presidencia, harlo sabia Suarez que seria renovado todo el personal político, especialmente el del Ministerio de Estado.

Y menos ignoraba todavia, los cambios á que estaban llamadas las corrientes de la opinion, sobre todo si se rompian, como estaban á punto de romperse, las hostilidades entre Buenos Aires y las demás provincias.

El porvenir se le presentaba amenazador y cubierto de nubes, para que le fuera lícito hacerse ilusiones.

No debieron ser ciertamente muy risueños los interminables dias de su larga navegación de regreso, con los que termina el curioso periodo de la vida de Suarez en América, periodo harto significativo para el concepto de las condiciones intelectuales y morales

de quien como él había marchado para allá casi niño, y allá había desarrollado sus aptitudes y facultades en esfera muy superior á lo que pudiera esperar el que conociese las luces, los recursos, la base, en fin, con que partiera á los diez y siete años.

¿Que mas podia pedirse al pobre jóven aspirante á piloto? ¿Cual podia ser al partir su bagaje intelectual? Investigémoslo ya que el Ferrol carezca de una verdadera historia local.

La cultura del Ferrol es muy reciente: data de mediados del siglo presente. Cuando á fines de la pasada centuria eran cultivadas las letras hacia largo tiempo en muchas ciudades de la region, aun prescindiendo de las Atenas gallega, desde luego de excepcional importancia, el Corregimiento del Ferrol, en un informe que se le pidiera por el Gobierno de Carlos III (1) aseguraba que en toda la comarca no habia escuelas de primeras letras, que en la misma ciudad, á pesar de su población, no habia posibilidad de enseñar á los jóvenes la gramática y la latinidad, base (dice el documento) de todo estudio y proponia «que se estableciesen escuelas de primeras letras que contribuyen á aminorar los desmanes y que se confiase á los frailes de S. Francisco el establecer clases de gramática.»

Viniendo á mas reciente época, á los tiempos de la educación de Suarez (1833 á 1845) no era, ni mucho menos, igual al presente el nivel de la instrucción de las clases selectas y pudientes, de las cuales habian de salir, andando el tiempo, los oficiales, los almirantes de nuestras escuadras.

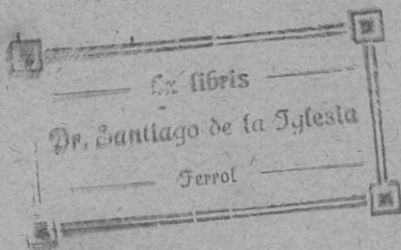
El texto de Gramática era un folletito de Herranz y Quirós, de pocas páginas: el de Geografía, Císcar; en los estudios del pilotage á penas si se llegaba á los elementos de la Trigonometria y á la resolución trigonométrica de los triángulos rectilíneos, saliéndose del paso por medio de las tablas de Mendoza. Los

(1) 1770.

estudios literarios estaban en mantillas, si es que á mantillas llegaban.

¿Quien con menos capital de instrucción hubiera hecho mas que Suarez, ni aun tanto como él?

El hombre que con tan pobre base, confiado á su propio esfuerzo, á un estudio individual hecho en horas robadas al sueño, se eleva sobre el nivel de sus contemporáneos y por efecto de sus propias aptitudes y naturales talentos constituye en América un elemento importador de cultura, de progreso, de civilización; el hombre que, bajo el benéfico influjo de una atmósfera de libertad, se dignifica y se impone con su personal esfuerzo, debiéndoselo todo á sí mismo, ese hombre, preciso es reconocerlo, no es un hombre vulgar; puede decir con Andrés Chenier, señalando su cabeza: aqui hay algo!





II

Su vida política desde su regreso á España hasta la proclamación de la República Española. (1860—1873)

Pisó Suarez el suelo pátrio á principios del verano de 1860.

Apenas habia llegado al Ferrol cuando tuvo noticia de la caída de su protector y amigo el General Urquiza y de la subida de D. Santiago Derqui á la Presidencia, lo que llevaba consigo la anulación de su nombramiento de Secretario en la Legación de Paris.

Hombre laborioso y habituado á una vida de incesante trabajo, la forzada inacción á que bruscamente se veia entregado le movió á escribir su primera novela *Los Guaranies*, (1) que habia concebido y planeado en América, obra de la cual me ocupo en otro lugar.

Pero las necesidades de la vida real se imponian; el problema de la existencia estaba por resolver, lo mismo entonces que en 1845.

Una persona muy respetable del Ferrol, que supo adivinar á primera vista las dotes y condiciones

(1) Editada en 1861.

de Suárez, excitóle á revalidar sus estudios en la Escuela Normal de Santiago, sirvióle con su influencia para allanar ciertos obstáculos y aconsejóle, por último, que con el auxilio de sus hermanos D. Jenaro y D. Juan, acometiese la enseñanza elemental, superior y especial, con aquel desarrollo y extensión de que una empresa de este género era susceptible en el Ferrol y en aquellos tiempos.

Sano fue el consejo, porque el éxito superó con creces á las esperanzas que razonablemente pudieran fundarse en tal empeño y si al principio dudaba en tornar á Buenos Aires, á los pocos meses se persuadía de que también en su patria se podía constituir, con igual trabajo y menos riesgo, una modesta fortuna.

De entonces data la historia local de Suarez y entonces empezó también su significación en la política española, de la cual hasta entonces viviera alejado, primero por razón de su tierna edad, y luego por su ausencia en América desde 1845 á 1860.

Una vez resuelto el problema económico, era imposible que un hombre como Suarez se resignase á consagrarse exclusivamente á las pacíficas tareas de la enseñanza.

Temperamento, carácter, hábitos, y mas que nada la educación de su juventud en una república americana, arrastrábanle insensiblemente á pensar y á sentir con las avanzadas de la extrema izquierda de la política española, llamada partido democrático.

No era entonces tan grande como pocos años despues el número de los que pensaban con criterio propio en materia política. Calvo Asensio, Becerra, Castelar, Sagasta, y otros hombres, despues transformados, encarnaban en aquel tiempo el *summum* de los radicalismos aceptados, hombres á quienes el tiempo en su destructora labor, habia de convertir en su mayoría en odiados gobernantes y en ministros de monarquías aun mas odiosas.

Suarez formó entre los hombres de Galicia para quienes «La Soberanía Nacional» era el libro de la li-

bertad, que empezaban una propaganda imposible de ahogar por los funestos poderes que en España dominaban en 1861.

La guerra de Africa, innecesaria y estéril campaña provocada por O'Donell con maquiavélica habilidad, fuera á modo de cebo lanzado á la nación y á los partidos avanzados para lograr una tregua en sus ataques, de la misma manera que se dá un juguete á los niños para entretener su traviesa actividad. Pero terminada aquélla, el elemento democrático no podía ver sin protesta el espíritu liberticida en que inspiraba todos sus actos una reina que debía el trono á la libertad, de la que fuera tan constante enemiga como su maldecido padre. No bastaba el titulo de Union liberal, que se apropiaba el partido acaudillado por O'Donell, para disfrazar el espíritu doctrinario que inspiraba á todos los partidos turnantes en el poder, aunque nadie hubiera de llevarlo tan lejos como los moderados en sus últimos tiempos.

No menos contribuía á fomentar el odio de todos los elementos sanamente avanzados, la conducta privada de la Reina. En un país regido de un modo honradamente constitucional, en Inglaterra, por ejemplo, hubiera sido detalle sin importancia que la Reina ofreciese ó no ejemplos de moralidad en su palacio. Pero donde, como en España, esos detalles influían poderosamente en el llamamiento de los partidos á los consejos de la Corona, habian de pesar con incontrastable fuerza en la balanza de la opinion y en el criterio de los partidos liberales. Yo no tengo autoridad para emplear una frase bastante fuerte que describa la vida palaciega y habré de tomarla de un historiador como Blasco Ibañez: «Palacio era un burdel con aspecto de sacristía.»

Quién como Suarez partiera de niño para América, y formara su espíritu en el ambiente de las democracias republicanas, debía forzosamente estar como nadie dispuesto á la protesta y á la conspiración contra un regimen político como el de los últimos tiempos del

reinado de Isabel II, vergonzoso para cualquier alma, pero mas vergonzoso aun para quien era trasladado bruscamente á tierra, medio y régimen tan opuestos á aquellos en que viviera durante quince años.

Y Suarez cayó, como caen los cuerpos atraídos por la gravedad, donde forzosamente debia caer: entre los liberales que conspiraban para destronar á Isabel II. Las deportaciones á Marianas y á Fernando Póo, las prisiones efectuadas por la policía en altas horas de la noche con los detalles de procedimiento mas brutales é inhumanos, amenazaban acabar con los espíritus viriles que veían destruida la obra de la generación anterior.

Aquellos hombres no tenían otro refugio ni otro medio de acción mas eficaz que las sociedades secretas que en aquel tiempo alcanzaron vida vigorosísima y donde encontraron albergue, casi sin excepción, los mas valiosos y los mas honrados de los liberales de entonces.

Y la historia íntima de la génesis de la Revolución septembrina no podrá nunca preterir ni dar al olvido la ayuda eficaz y valiosísima de los que en Ferrrol cuidaban el fuego sagrado del que irradiaba *luz*.

El chispazo del cuartel de San Gil, ahogado en sangre, y la sublevación de Prim, aunque malograda, lejos de calmar los ódios y extinguir las esperanzas revolucionarias en provincias, sirvieron solamente para excitar y avivar unos y otros.

La entrada de la unión liberal en el concierto revolucionario, no por amor á la libertad, sino por desdenes de la Corona, al dar apoyo y fuerzas á los progresistas, asi como la desatentada conducta de los moderados, que parecían haber perdido el tino y el instinto de conservación; dieron por resultado la revolución de Septiembre, mirada por unos como grandioso hecho histórico y rebajado por otros á la modesta categoría de pronunciamiento, un poco mas basto que los anteriores.

Pero de cualquier manera que la Revolución se considere, un alma sinceramente democrática y progresiva, sien pre notará sospechosas nebulosidades en la mayoría de los hombres que realizaron aquel hecho histórico, falta de unidad de criterio, de unidad de tendencia y solo homogéneo en la fuerza y en la acción. (1)

Unos, como los progresistas representados por Sagasta, no hacia cuatro días que conferenciaran con Cabrera en Londres é intentarán imposibles pactos con el carlismo, con el cual se hubieran unido para el destronamiento de Isabel, si aquél aceptara el principio de la sôberania nacional, y solo fueron á la revolución cuando con Prim se persuadieron de que la Reina, entregada á Marfori, jamás los llamaría al poder.

Otros, como los de la Unión liberal, necesitaron el centésimo desaire de la Corona para hacerse revolucionarios: si ésta llama á Serrano á principios de Septiembre, la unión liberal hubiera ametrallado á Prim y á los revolucionarios como los ametrallara el 22 de Junio del 66.

La historia de la revolución española es una interminable serie de indignidades propias de hombres andróginos.

Lo mas sano que en la revolución ingresaba eran los elementos que, como Suarez, á bordo de la Victoria en Ferrol, exigian en Barcelona á Prim que se arrancase la corona de la gorra; y que en Santander, en Santoña, en Béjar, en Alcoy se batieron sin esperar ascensos, ni preeminencias, ni honores.

Pocos días pasaron sin que se viesen bien claros los arrepentimientos democráticos y revolucionarios de los unionistas y de los más de los progresistas; mientras que los factores sinceramente democráticos se decidían por la única solución lógica y posible, por la

(1) ¡Cuan sécruda enseñanza encierra ésto para los republicanos que aspiran al programa único!

República, por añadidura democrática, y por coronamiento federal, verbo genuino del pensamiento revolucionario popular.

Progresistas y unionistas, educados en la escuela doctrinaria, tendían, casi sin darse de ello cuenta, á la unificación de los poderes, y al obligar á las Juntas revolucionarias á que delegasen sus facultades en la Junta Central, que no era ni mas ni menos que una Junta cualquiera de una ciudad populosa, habian hecho abortar la Revolución y la llevaban por derroteros preconcebidos á un fin determinado, de antemano previsto y pactado.

Suarez, con los republicanos de toda España lo entendió así y muy pocos días después de la revolución, el 20 de Octubre de 1868, inauguraba y presidia entre aclamaciones entusiastas el primer comité republicano federal del Ferrol, en unión de los señores Moreno (D. Valentín) Sanz, Seara, Comerma, Alvarez Cancelo, Pazos (D. Pío), Alvarez Bocalandro y otros.

Imposible es describir el odio africano que los elementos revolucionarios inclinados á la monarquía consagraron á los compañeros de ayer, que logicamente caian del lado de la república, entendiendo que no valia la pena de derrocar el trono de una dinastia secular para levantar otro.

Periódicos de circunstancias, nacidos al calor de aquellas pasiones, las exaltaban cada vez más y hasta los mismos repartidores de ambos bandos se golpearon muchas veces.

Fué aquel Comité de grata memoria el centro propagandista del que irradió la doctrina republicana democrática federal en la comarca del Ferrol, doctrina que en breve habia de ser aceptada por las muchedumbres como la buena nueva, como el evangelio político, único, insustituible, inconcuso. En el naciente partido, plétórico de energías, de actividades, de ideas generosas, Suarez desempeñó el papel de propagandista incansable y de cabeza visible al igual que en la Coruña el médico Sr. Perez Costales, ídolo po-

pular, y en Santiago el catedrático de farmacia don Esteban Quet y Pablo Munin, nunca bien llorado, y cien otros más educaban, creaban la juventud republicana con elementos apenas entrados en la adolescencia y organizaban como partido á los hombres entrados en el goce de los derechos políticos. Innecesario es recordar cómo la nueva doctrina, que prestigian los hombres más esclarecidos de la pasada generación, desde el brillante Castelar al sesudo é incomparable Orense, desde el sábio y profundo Pi Margall al creyente Garrido, apóstol del más honrado socialismo (á quien hoy nadie consagra un recuerdo) desde Figueras á Suñer; cundió en las masas y se apoderó de las almas y de los corazones. ¡Hermosa época de despertamiento de la somnolienta patria de Carlos IV, que pasó para no volver en aquella formal

Porque la idea federal era, sí, un partido, y un partido potentísimo, pero era, por otra parte, una especie de religión de las muchedumbres, preparadas á ella tanto por los excesos de autoritarismo de los poderes públicos, cuanto, y esto más que nada, por el absorbente centralismo copiado del sistema francés napoleónico; hasta un punto que jamás había existido ni en la edad media, ni en la edad moderna.

Si; entonces se era ó monárquico ó republicano federal: no había términos medios ni colores mixtos en la gama crómica de la política.

La doctrina federal fué en España algo parecido al despertar del pueblo francés á la Revolución inmortal de 1789: era, sí, doctrina, escuela, sistema, pero era ante todo sentimiento, amor exaltadísimo á una idea que solo podían exponer, razonar y defender entonces contado número de intelectuales (como hoy se dice).

¡Cuán lejos estaba entonces del cerebro de sus propagandistas el concebir que aquella doctrina disfrazada, vestida con otras ropas, había de constituir el credo con que hoy creen solucionar todo problema político, carlistas y dinásticos, republicanos y monárqui-

cos, literatos é inalfabetos y que en alguna región y con tendencias sospechosísimas habria de ser patrocinado por un obispo!

¡Que de todos estos elementos se compone el hoy flamante y novísimo regionalismo!

No es que lo diga yo, humilde soldado de la hueste republicana, lo dice quien más autoridad tiene para ello (1) y yo no puedo resistir al deseo de honrar estas páginas reproñuciando las hermosas líneas que siguen, por la significación grandísima y el palpitante interés histórico que encierran, hoy que muchos republicanos no se atreven á formular opinión sobre las presentes tendencias regionalistas.

«La idea federal el año 1868 halló tan abonada la tierra española para recibirla, que á los cuatro meses de haber surgido, tenia 70 diputados en las Cortes Constituyentes, y poco tiempo despues, ponía en un alzamiento 40.000 hombres sobre las armas. Prendió, sobre todo en Cataluña, donde se habia restablecido los juegos florales de la Edad Media, se habia dado nueva vida á la lengua y la literatura catalanas, y se habia infundido ardiente amor á la pequeña pátria.

Sufrió la idea federal en los primeros días del año 1874 una terrible derrota, y tardó en reponerse. En Cataluña, en tanto, seguían los juegos florales con más entusiasmo y brillo que nunca, y se avivaba todos los días más el sentimiento regionalista. Dedicábase á la antigua nación catalana sentidos y enérgicos cantos, y escribian en catalán así poetas como pro-sistas.

En ese movimiento mitad literario, mitad político, entraron carlistas, constitucionales y republicanos, y fueron poco á poco formando un partido que, sin apartarse del federal en la reorganización del Estado y la autonomía de las regiones, declaró indiferentes

(1) La Nouvelle Revue Internationale.—L'Espagne par Pi Margall-1900.

las formas de Gobierno, y mostró poco apego á las libertades públicas, de que tan celosos estamos los federales.

De ese partido, que tomó el nombre de *regionalista*, nació después el catalanista, que en realidad no difiere del otro sino en ser más activo, más enérgico, mas apasionado por Cataluña, tal vez más amante de las antiguas instituciones.

¿Qué quieren esos catalanistas? Transcribo su programa. Dejan á cargo del poder central las relaciones internacionales, el ejército de mar y tierra, las obras públicas de carácter general, la resolución de todas las cuestiones y conflictos interregionales, el actuar el presupuesto nacional de los gastos públicos, á los cuales, dicen, habrán de contribuir las regiones á proporción de su riqueza. En las relaciones internacionales incluyen las económicas, es decir, las arancelarias.

Entienden que corresponde al poder regional el régimen interior de Cataluña y el derecho de constituir la conservando el temperamento expansivo de sus leyes y acomodándolas á su manera de ser y á sus necesidades.

Quieren, en su consecuencia, que tenga carácter oficial la lengua catalana; que sean catalanes los que allí ejerzan los cargos públicos: que en Córtes catalanas se estatuya su derecho civil y se resuelva cuanto atañe á la organización interior de su tierra, que catalanes sean los jueces y los magistrados y dentro de Cataluña se fule en última instancia pleitos y causas. Queremos, añaden, ser árbitros de nuestra administración, imponer las contribuciones y los impuestos que mejores nos parezcan y contribuir á la formación del ejército de España con voluntarios ó con dinero, sin que nunca quepa hacer quintas ni levadas en masa ni exigir que la reserva regional forzosa preste servicio en otras regiones.

Ajustado al sistema federal habla ese partido.

Acúsasele de ser egoísta y aun de tender al separatismo, pero injustamente. Quiere para las demás regiones de la Península y las islas adyacentes la autonomía que para Cataluña; y las quiere todas enlazadas por un poder central y unidas á España. De separación no hablan sino individualidades exaltadas, y aun éstas para casos en que Cataluña sería la primera víctima.

A la influencia del catalanismo se debió, sin duda, en primer término, la cuestión del concierto económico, que recientemente dió lugar á tanta agitación, tantos debates y tantos disgustos. Con la pretensión de ese concierto se dió el primer paso hacia la autonomía de Cataluña.

Pidió un día la Diputación provincial de Barcelona que el Estado le confiara la cobranza y el reparto de las contribuciones directas, además la investigación de los fraudes de los contribuyentes. Crecieron al punto las aspiraciones. Centros respetables y Ayuntamientos hablaron ha poco de una Diputación para toda Cataluña, del derecho de conservar las leyes forales y del de hacer uso oficial de la lengua catalana.

Andaba entonces Polavieja pretendiendo la Presidencia del Consejo de ministros y creyó haber encontrado en esas pretensiones de los catalanes un escalón para subir á los pies del trono. Les prometió cumplirlas si llegaba al poder, y de aquí el conflicto. Polavieja fué ministro, pero no presidente: no logró vencer la oposición de sus colegas, ni pudo conseguir sino que Silvela, hombre débil si los hay, medio asintiera al concierto económico.

Por formal promesa tomaron los barceloneses las vacilaciones de Silvela; y como no la vieron cumplida recurrieron al insólito medio de negarse al pago de los tributos.

Detallar las peripecias de ese conflicto sería tarea larga. Baste decir que se suspendió en Barcelona las garantías constitucionales; se decretó despues el esta-

do de guerra; se declaró reos de sedición á los rebeldes, se los prendió y se los sometió á un consejo de guerra; se les cerró mas tarde los establecimientos, y al fin se los puso en libertad sin que se conociera la causa. Puesto que aqui cesó la resistencia, de presumir es que se comprometió el gobierno á realizar el concierto.

Lo de notar es que ahora los barceloneses empiezan á dudar de que el concierto les sea beneficioso. No lo es, á mi juicio, si sólo se les concede que recauden y repartan las contribuciones del Estado é investiguen los fraudes. El concierto podría traerles ventajas sólo cuando descansara sobre las bases del las Provincias Vascongadas que recogen la cuota que les corresponde en los gastos de la Nación por los tributos que les parecen de mas fácil cobranza y son menos gravosos para los contribuyentes. Ya que no el concierto de Navarra, que desde el año 1841 paga una cuota fija, hoy la de dos millones de pesetas, debieron pedir los barceloneses el de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. El derecho de cobrar é investigar, lo tienen todos los arrendatarios de contribuciones.

Para que todo resultara aqui anómalo fueron los barceloneses cortsos en pedir, y el Gobierno torpe en no conceder lo que con tanta cortedad pedian. Poco menos que caso de guerra lo hizo cuando en sus presupuestos propone el arrendamiento de todas las contribuciones.

¿Como se resolverá la cuestion? Los catalanistas continuarán defendiendo su programa y diciéndose extraños así á las negociaciones y las cábalas del Gobierno, como á la estéril resistencia de los contribuyentes al pago de los impuestos. Quieren no sólo la autonomía económica, sino tambien la política, á la que dan justa preferencia. No es fácil apagar el fuego. O mucho me engaño, ó esta agitación acabará por la autonomía de todas las regiones de la Península. Propágase el incendio á todas partes, y en todas encuentra los combustibles hacinados durante treinta

años por los federales. La centralización es ya imposible.»

Y concluida esta digresión en la que el gran filósofo explica tan exactamente las metamorfosis y derivaciones del primitivo federalismo, digresión también necesaria para comprender las modificaciones del criterio del propagandista ferrolano, sigámosle en su tarea.

El partido republicano federal del Ferrol fué de los mas pujantes y entusiastas que existieron en ciudad alguna de su categoría y población.

Constituía un hermoso despertar á las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, especie de *triada* que contenía en germen y en simbolo todos los futuros desenvolvimientos de la actividad y del progreso humano.

Para aquella muchedumbre, congregada bajo la bandera republicana federal, bien pronto no hubo locales suficientemente amplios en la ciudad. Allí se confundían en admirable consorcio los hombres inteligentes y de la clase media, las avanzadas del movimiento político universal y las tendencias socialistas que en Madrid simbolizaba de muchos años atrás el incansable defensor de las clases obreras Fernando Garrido. Aun no llegara á España la voz de Karl Marx gritando: «á un lado los individualistas y á otro los colectivistas». Aun no aprendiera el obrero el dogma exclusivista de que «la redención de los trabajadores ha de efectuarse tan solo por los trabajadores».

En las vírgenes entrañas de aquel partido de admirable fecundidad, dormían los gérmenes de todas las actuales fracciones del colectivismo y hasta los embriones del anarquismo teórico, último desarrollo de la instintiva tendencia humana á la libertad. Era aquéllo para España, algo como el período cosmogónico inicial respecto á los sistemas sociológicos, ó como la era paleozóica del actual mundo político,

Por ley humana por ley biológica, la diferenciación habria de venir mas tarde.

Los que hoy acusan de atrasado, de despótico al socialismo de Pablo Iglesias, encontraban entonces modernísimas e inmejorables las doctrinas que propagaban Suárez y sus compañeros de evangelización política.

Aun no viniera la experiencia tan rápidamente adquirida por la actual generación á introducir la desconfianza en las almas con el ejemplo de los ídolos populares, primero rectificadas y luego desmentidos en las esferas del poder. Aun no cometiera el gran Castelar el grave error de afirmar que estaba terminado el edificio de los derechos políticos y garantida suficientemente la libertad... ¡bajo el cetro de los Borbones!!.. y que lo único que urgía era la obra económica; aun se le escuchaba como el pueblo judío á Moisés y aun era ídolo de las adoraciones populares.

Aun no aprendiera el trabajador que el derecho político es ilusorio sin la emancipación económica: aun no constituyera las sociedades de resistencia con que hoy se impone al patrón, ni se le enseñara que el arma del sufragio no es un fin, sino un medio de llegar á la conquista del pan y á la dignificación del obrero.

¡Oh hermosos tiempos de despertamientos de las muchedumbres, tiempos de fáciles apostolados y poco difíciles apoteosis!

En aquel período de fecunda elaboración y de vertiginosa actividad del partido republicano y de Suárez hay un hecho histórico que sobresale y destaca: la jura de la Constitución de 1869, principalmente odiada por consagrarse en ella la forma monárquica como fundamento de la nacionalidad española.

¡ Así los republicanos como cuantos sin serlo no estaban obcecados se decían que no era necesario derrocar un trono para imponer una Constitución liberal á una reina necia, débil y voluble.

Y cuantos veían á lo lejos pensaban que antes se perdía que se ganaba al expulsar á un prelado fanático y á una monja astuta, si se abría la frontera á los

jesuitas y á todas las órdenes monásticas excluidas por la misma Roma en el Concordato, echando así los cimientos de la reacción que treinta años mas tarde se apoderaba de España como no lograra hacerlo en el reinado de Isabel II.

Jamás gobierno alguno de origen revolucionario ha concitado mas enérgicamente que aquél las protestas y las cóleras de un pueblo para el cual una Constitución monárquica y una dinastía extranjera constituían cruel realidad tras el hermoso sueño acariciado durante dos años.

Y tanto mas violenta era la cólera en los republicanos, cuanto que entonces hubiera parecido utópica, absurda, monstruosa la profecía de que al final del siglo se encontraría España en peores condiciones que el 68, con mas reacción, con mas vergüenzas en su historia, perdidas sus colonias, desaparecido el oro de la circulación, deshecha la obra de Carlos III, en el trono un niño Borbon, en la regencia una extranjera, y dirigiendo las intrigas palaciegas el P. Montaña, lo mismo que las dirigiera doscientos años antes el P. Nitard.

Esto no cabía entonces en nuestras cabezas.

«O todo ó nada» era nuestro lema en teoría y en la práctica.

«O todo ó nada» se titulaba un estudio histórico político debido á la pluma del conocido escritor republicano D. Enrique Rodríguez Solís, que tuvo inmenso éxito y entusiasta acogida entre los republicanos de toda España.

Y llegó el momento, crítico para las ciudades de vida oficial, en que se jurase por todos los funcionarios y dependientes del Estado aquella Constitución odiada y maldecida, que iba á obrar en tal estado de los ánimos y de las conciencias, como el hierro enrojecido en una herida reciente.

En el Ferrol, como en muchas otras partes, habia forzosamente de originar disgustos y conflictos con la fuerza armada, esclava de la ordenanza.

Es curioso detallar los hechos.

La víspera de la jura el partido había acordado dejar en completa libertad de acción á los afiliados de la maestranza y cuerpos auxiliares de la Armada para jurar ó nó la Constitución. Con gran sentido práctico decía Suarez:—«Jurad los que en ello tengais compromiso y en ello aventureis el pan de vuestros hijos. En último extremo ¿á qué os obliga eso? ¿No han jurado los militares las pasadas constituciones y ello no fué obstáculo para destruirlas y para identificarse con la revolución de Septiembre y derrocar la pasada dinastía?»

Era el medio día del 20 de Julio de 1869: las tropas iban á jurar el código fundamental: nada obligaba á que el acto que iba á realizarse en la esplanada del Dique lo fuese estando abiertas las puertas del Arsenal, que sabido es se cierran los domingos. La muchedumbre acudió avanzando hasta la fuente de la Fama: allí estaba Suarez, con las insignias de la primera autoridad popular, para evitar un disgusto innecesario y estéril. Imposible fué evitar alguna pedrada y algun grito colérico.

El General Chicarro, que á la sazón mandaba el Departamento, envió su ayudante á decir al Alcalde que ó él hacía retirar al pueblo ó lo obligaba la fuerza armada.

—Diga V. al general que la fuerza puede pasar cuando quiera por encima de mi cadáver, pero que la discreción debiera aconsejarle cerrar esas puertas que son una provocación á las pasiones populares.

Ya la multitud se enterara de estas contestaciones, ya la exaltación cundía: un convecino, que militaba en el partido amadeista, al penetrar en el Arsenal había sido herido de una pedrada: por momentos se avecinaba el choque.

Suarez, profundo conocedor del arte de dirigir á las multitudes, llamó á un jóven de su confianza y le ordenó fuese á buscar la bandera del partido y algu-

nos músicos de la banda que acompañaba las manifestaciones, entonces tan frecuentes.

A los diez minutos había sido obedecido y un momento después la multitud, á los sonos del himno de Riego, marchaba... hasta el soto de Serantellos, de donde no regresó hasta la caída de la tarde, entretenida con los discursos de los más exaltados, para recogerse en el local del partido, sito en el baluarte de la Puerta Nueva. Aquel día Ferrol y el partido contrajeron una deuda con Suarez, evitando el inútil derramamiento de sangre generosa.

La firmeza de convicciones de muchísimos republicanos obreros del Arsenal, que se negaron á jurar la constitución de 1869, trajo como obligada consecuencia el despido de los protestantes contra el nuevo é impopular código. Numerosos obreros viéronse en la miseria y obligados á postular en el Ferrol y en la Coruña. Suarez concibió entonces un acertado plan de talleres cooperativos de las diferentes industrias aplicables á la cooperación. Inicióse la suscripción con brillantes resultados, con el beneplácito y protección de cuanto más distinguido y respetable había en el Ferrol así en el orden oficial como en el científico y económico. Desde el general Chicarro y los Ingenieros de la Armada, hasta el modesto obrero, cuanto en Ferrol había de riqueza, de profesional, de popular, todo el mundo, en una palabra, se suscribió mensualmente llegando á sumarse una respetable cantidad. (1)

No pudo llegar á feliz término el pensamiento: la mayoría de los obreros, parte esencialísima y básica del proyecto, exigía que *la totalidad* de los beneficios se distribuyese á prorrata entre ellos, mientras que los creadores y patrocinadores del pensamiento habían establecido que una parte de las utilidades se

(1) El interesantísimo álbum encabezado por la Memoria de Suarez, se hundió en el mar cuando la catástrofe del Borussia en la que sucumbió D. J. Peña.

destinase como fondo de reserva á constituir el capital colectivo.

En todo el activísimo período de la vida política de Suarez desde el 69 al 73 su criterio no era ya personal y propio; era el general, el dominante en todos los republicanos, cuyos elementos directores y cuya prensa madrileña informaban la opinión y, por decirlo así, la constituían.

Debía irse á la conquista de la república por todos los medios, legales ó ilegales, por el ejercicio del derecho y por las apelaciones á la fuerza, por la alianza con los partidos hostiles al gobierno, hasta con el carlista. En alguna población, como Santiago, en que el carlismo era importantísimo factor, costó sumo trabajo que los republicanos obedeciesen los acuerdos del Directorio y se uniesen en las elecciones á los tradicionalistas. No pocos sinsabores originó esta resistencia al jefe de aquel partido local que secundaba las instrucciones del Directorio de Madrid,

En cuanto al Ferrol no cabía disenso. Aquí no se conocía el carlismo; estaba esto reservado para los actuales tiempos y para la presente generación; si alguno existía, era un ejemplar curioso y verdaderamente raro. (1)

La lucha entre republicanos y monárquicos constitucionales era, en cambio, violentísima y lo fué sobre todo en los períodos electorales.

El carácter pacífico, tolerante, calmoso de Suarez no lograba evitarle los infinitos disgustos y la constante intranquilidad que estas luchas traen aparejados

(1) En el Ferrol fue desconocido el carlismo en el tiempo de las luchas mas enconadas de la pasada generación. Cuando durante la primera guerra civil llegó una vez para vivir pacíficamente en esta ciudad un jefe carlista, separado de las filas, promovióse un tumulto, un verdadero motin, ante la posada de la plaza de Armas en que aquel se hospedaba y hubo de huir disfrazado atravesando por el piso bajo á la calle de la Magdalena.

y que tan activamente gastan la vida de quien carezca de aquellas condiciones morales.

Pero todas las exaltaciones llegaban á su espíritu un tanto atenuadas y todas las pasiones un tanto tibias. Quizá vibraban mas en él los agravios personales que las contrariedades políticas. Quizá fué éste su único error de criterio, puesto que la política, y más en España, impone el olvido como ley y obliga á ser mañana compañero de armas de quien es hoy encarnado enemigo.

Yo creo que aquella alma de fondo bondadoso, pacífico y poco predispuesto á las tempestuosas fulguraciones de la pasión, habrá sabido eximirse de una debilidad en que muchos, entónces jóvenes irreflexivos, hemos caído y que, no sin pesar y rubor, hoy reconozco: refiérome á la alegría, al placer infinito é íntimo con que se vió el asesinato de Prim, alma y nervio de aquella situación, á quien con justicia se atribuía el haber desnaturalizado el movimiento revolucionario y el ser el creador de la dinastía de Saboya.

Cierto es que él habia dicho al conde de Keratry: «Mientras yo viva no veré la República en España.»

Si, pero tambien habia dicho: «Jamás, jamás, jamás volverán á reinar los Borbones en mi patria.»

¡Lástima grande que aquella voluntad de hierro sucumbiese bajo el plomo homicida!

Quizá no tuviésemos una república como la en que entonces soñábamos, pero al caer la dinastía de Amadeo, lo que habria de suceder por ley histórica, si Prim no hubiese podido ser un Gambeta y menos un Loubet, hubiera sido siquiera un Thiers, para salvar las instituciones populares y no hubiéramos llegado á las vergüenzas presentes.

Hubiéramos emancipado ó vendido á Cuba, no habríamos presenciado el verdadero desastre de Melilla y menos hubiera llegado á escribirse en nuestra historia, primero la derrota de Santiago de Cuba y luego el hominoso tratado de Paris.

Pero entonces no cabia en nuestras almas el con-

cebir, si alguien las hubiese formulado, tan tristes profecias.

Lúgubre presagio para el nuevo rey debió ser la contemplación del cadáver del ilustre catalán que encarnaba una escuela, una época y una dinastía.

Jamás se habia fundado un trono sobre tan delezna- bles bases y en frente de tantos enemigos. En el odio á la dinastía naciente se confundian á un tiempo la aristocracia de la sangre y las masas republicanas con los elementos clericales y tradicionalistas. Se combatia á Amadeo en el templo y en la lógia, en el periódico y en el club, en el teatro y en el hogar.

Era aquello un océano de odios sin la compensacion de los prestigios, de los afectos y de las gratitudes granjeadas por las dinastías seculares.

De todos los chispazos, de todas las revelaciones de esta enorme impopularidad, de todos los actos revolucionarios que la historia de entonces registra es necesario hacer especial mención de uno, notabilísimo por cien conceptos en que tomó principal participacion mi biografiado: la sublevación del Ferrol en 11 de Octubre de 1872, de la cual fué jefe militar don Bartolomé Pozas.

Se concibe y explica sin trabajo el levantamiento en armas de una ciudad populosa; no se comprende tan facilmente el de una plaza fuerte con mil elementos de guerra, con arsenales, con buques, con una organizacion militar compleja y vasta.

La ocupacion del Arsenal por los republicanos, sorprendiendo á los jefes en el sueño y asombrando á todas las autoridades de la ciudad y de sus fuertes y buques, es un hecho que por realizado entre nosotros no produce quizá la admiracion que de lejanas tierras hubiera producido. No es sólo el valor y la fé política lo que más llama la atención; sino lo habil, meditado y detalladísimo que fué el plan concebido por los elementos que presidia Suarez para que se realizase sin efusion de una gota de sangre.

Los señores Pozas y Vega acompañados de unos

cuantos valientes á quienes se habia confiado esta misión y que iban dispuestos á todo, penetraron sigilosamente por la puerta del Parque, que les fué abierta por el sargento primero D. José Penedo, muerto años despues en precaria situación; sorprendieron en su lecho á la primera autoridad de la factoria; sublevaron á todas las fuerzas existentes, que gustosas respondieron á su excitación y se ampararon rapidamente de todo medio de defensa.

No seria justo omitir aqui los nombres de aquellos entusiastas correligionarios, ya que el único premio recibido sea el recuerdo, omitido en todo cuanto acerca de estos sucesos se ha escrito:

Srs. D. Andrés Casal.—D. Manuel Rodriguez Mosquera.—D. Andrés Saavedra.—D. Federico Diaz Palafox.—D. Joaquin Peña.—D. Manuel Calvelo.—D. Juan Bruquetas.—D. Francisco Rodriguez Rodriguez é hijo.—D. Antonio Barros.—D. Francisco Rodriguez (Pirol).—D. Manuel Bngía.—D. Cristobal Pardo.—D. Juan Fraguéla.—D. Marcial Pardo.—D. Jerónimo Lopez.—D. José Amoedo.—D. José Luaces.—D. Juan Luaces.—D. Ramon Gómez.—D. Juan Collazo.

Mientras tanto Suarez, con el comité, constituia en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento la Junta Revolucionaria, organismo llamado á representar el principio de autoridad y á garantir la propiedad y el orden, permaneciendo dos dias en sesión permanente y pasando luego al recinto del Arsenal á la llegada de las tropas del Gobierno.

De tan sencilla manera se realizó aquel acto revolucionario, digno de ser citado como ejemplo en su género, y que demuestra hasta donde puede llegar una perfecta organización ayudada del valor y de la discreción de los llamados á llevar á feliz término un plan.

Pero por encima de estos méritos, destaca otra cosa que importa mucho afirmar y demostrar: que los republicanos del Ferrol que dirigia Suarez y

que fueron guiados á la sublevación de 1872 por el brigadier Pozas, ofrecieron un ejemplo admirable de rigidez en los principios y de moralidad en su conducta. Ni un robo, ni un ataque á la propiedad privada se efectuó en la ciudad de que fueron dueños tantos días.

Y aqui conviene detenerse un momento para demostrar la afirmación de que los sublevados del Ferrol en 1872 estan inmaculados de ciertos hechos que, ya por ignorancia, ya por interés, les fueron atribuidos, á manera de conseja, al oído y aun en un libelo entonces publicado.

Si, debe decirse: hablóse de fortunas improvisadas en aquellos días, de la distribución de cantidades enormes existentes en el Arsenal, y alguien se figuró ver un nuevo Pactolo entregado á la rapiña de las turbas.

¡Calumnias que á la manera de mortífero miasma se forman en el cieno de las cloacas y suben luego envenenando el aire á infestar la vivienda mas pulcra y el palacio mas suntuoso! Ni aun eso: leyendas populares que es preciso destruir no con apasionadas protestas sino con la elocuencia irrefragable de los números y de los hechos.

Entrémós, pues, en el exámen de esa leyenda, que no tiene porque eludir quien busca la verdad en la historia ó en la ciencia.

Yo escuché tambien esos cuentos de hadas, que impresionaron ingratamente mi espíritu, aun cuando estaba muy lejos de suponer que habia de avecindarme y connaturalizarme en el Ferrol y de contraer afectos con los protagonistas de aquellos sucesos.

Yo también, sin afirmar ni negar, entregado á la duda filosófica de Descartes, interrogué, escudriñé, inquirí y llegué á tener, por fin, un juicio y una convicción personal, propia y hoy indestructible, respecto á la honradez de aquellos hombres y al origen de los modestísimos recursos... de quien por escepción los tuvo.

Hablen, pues, los números:

Relación de los efectos y caudales sustraídos y de los deterioros causados por los insurrectos que se posesionaron del Arsenal del Ferrol el 11 de Octubre de 1872.

I. (Estado redactado por la Intervención del Departamento en 30 de Noviembre siguiente)

Pesetas.

Caudales de la Hacienda.....	107.238'59	
Idem de particulares.....	5.061'73	
	<hr/>	
<i>Total de caudales sustraídos.</i>		112,300'32
Viveres.....	10.658'97	
Medicinas.....	936'66	
	<hr/>	
<i>Total de viveres y medicinas consumidos.....</i>		11,595'63

II (Estado formado por la Ordenación del Arsenal en 29 de Octubre)

Efectos sustraídos ó deteriorados en los almacenes.....	106.196'15	
Idem en los talleres.....	13.104'54	
Idem en los buques y otras dependencias.....	47.338'81	
Deterioro de edificios.....	5.374'47	
	<hr/>	
<i>Total importe de este estado.....</i>		172.013'97

Total de pérdidas sufridas por la Hacienda..... 295.909'92

Invito á cualquiera, marino, militar ó paisano, á que desmienta ó rectifique un céntimo de estas cifras, que obran en los archivos del Ministerio y en el Tribunal de cuentas del Reino, cifras que debo á la benevolencia de mi ilustre amigo el Exmo. Sr. D. Leandro Saralegui, Ex-Intendente de Marina, hoy de cuartel y en aquella sazón Jefe de contabilidad del Arsenal.

Analizémos estos números.

Con 112.000 pesetas, (con 22 mil duros) se dió la paga de un mes á dos mil marineros que existían en

el Depósito, á la compañía de Guarda-Arsenales, con sus clases, á toda la Maestranza que tomó parte en los sucesos y hasta á los paisanos á quienes por carecer de recursos hubo de asignárseles un sueldo prudencial.

¡Pequeño sobrante, á fé mía, debió haber para cimentar una fortuna!

172.000 pesetas ó sea treinta y cuatro mil duros importaron las sustracciones y los deterioros, que oficialmente constan sufridos por buques, talleres, almacenes y edificios. ¡Cuán considerable parte de esta cantidad no pudo ser producto de *involuntarios extravíos y deterioros* en el tiempo que media desde la salida del último insurrecto hasta el 30 de Noviembre en que, normalizada la factoría, se cerraron los nuevos inventarios!

Tan razonable es la hipótesis, cuanto que es positivamente cierto que el Almacén General, donde tan considerables *extravíos y deterioros* se comprobaron, no fué abierto por los sublevados: había de ser desce-rrajada su puerta en la mañana del día en que se verificó la huida, para elegir un pantalón de marinero con que sustituir al de uno de los jefes del movimiento á quien se había rasgado el único que poseía. Ni para eso hubo tiempo. ¡Y sin embargo, de allí se habían evaporado efectos por valor de muchos miles de duros!

Quéde esto á la discreción y á la conciencia del que lea.

La elocuencia de las anteriores cifras supla á cuantas consideraciones quisiera yo hacer y que pudieran ser tomadas como hijas de la pasión ó del deber político.

¡Son tan mezquinas esas cantidades que sólo el infeliz mendigo para quién mil pesetas sean un tesoro, puede hacer sobre ellas cálculos y distribuciones imaginarias!

Yo aprovecho gustoso esta ocasión para realizar un acto no de defensa sino de justicia, aunque no lo

necesitan los sublevados republicanos de 1872. Es bien cierto que la historia solo dice verdad sobre las tumbas.

Pero aun en el supuesto de que los republicanos sublevados en el Ferrol se hubiesen aprovechado de los veintidos mil duros existentes en numerario y llevándose en los bolsillos los proyectiles y pólvora gastados en la defensa, los edificios y los efectos deteriorados (puesto que todo ello se incluye en el mencionado total) ¡cuánto más importó á la Hacienda española el premiar aquella victoria, émula de las de Austerlitz, Jena y Wagram!

Los que han acusado de rapacidad á los sublevados del Ferrol ¿conocen algun caso histórico en que las tropas ó los elementos de fuerza al apoderarse de una plaza no se hayan amparado de los caudales del Estado para subvenir á las necesidades de los vencedores y á las exigencias de la guerra?

Y después de esta necesaria è importante digresión que afecta al buen nombre y honor de tantos hombres de acreditada honradez, prosigamos.

Sostuviéronse los sublevados cuanto tiempo fué necesario con exceso para que la nueva llegase á toda España y aun á todo el mundo.

El general Sanchez Bregua se limitó en tanto á sitiar y hostilizar el Arsenal, sin pensar en tomarlo por asalto con los medios de que disponia, dadas las condiciones de defensa de nuestra factoría naval, en cuyos defensores sobaban valor y recursos; y no es exacto que *huyeran* al aproximarse aquél al Ferrol, como con lamentable ligereza afirma, hombre de tanta valía como el ilustre historiador de la Revolución Española Sr. Blasco Ibañez.

Defendiéronse los sublevados mientras abrigaron remota esperanza de extraño auxilio, mejor dicho, de que otras poblaciones y otros elementos respondieran á los compromisos contraídos,

Y en esta defensa, aun descrita someramente, sería injusta omisión el no conmemorar el valor y la pericia

en el Ferrol inolvidables, con que el ex-maquinista D. Vicente Tellado, el condestable D. Juan Lamare y el contraamaestre D. J. Montero, jefes revolucionarios de la fragata Carmen, la armaron en breves horas, trabajando noche y día; y la bravura y habilidad superiores á todo encomio con que batieron los fuegos del Baluarte del Infante y del Cuartel de Batallones.

Todos ellos duermen, como Suarez, el sueño eterno.

Pocos días, muy pocos habían transcurrido, y ya el resultado era previsto.

Abandonados los republicanos del Ferrol á sus propias fuerzas, desautorizados por las primeras figuras del partido en el parlamento, por el mismo Pi, quien seguramente en su profundo conocimiento de la política veía acercarse fatalmente la caída del trono; privados del concurso de los comprometidos á secundarles, especialmente en Galicia, y libre el Capitán General Sanchez Bregua para concentrar en el Ferrol todas las fuerzas de la región sin que nada ni nadie contribuyera á disminuirlas, era forzoso pensar en la huida y tan solo en ella.

Huyeron, pues, los sublevados del Ferrol, atravesando la ría y desembarcando en el Seijo: en la última lancha embarcó Suarez. Al mismo tiempo enviaba el General Sanchez Bregua á cortarles la retirada una sección de caballería, la cual llegó á atacarles por la espalda ya en las inmediaciones de Puente deume. Los fugitivos ocuparon las alturas de la izquierda, cambiáronse algunas descargas que causaron la muerte al herrador de la sección y á un guardia civil, y aquellos se desbandaron tierra adentro sin entrar en Puente deume, ocupada por algunas fuerzas y por la citada sección, que penetró en la villa bastante á prisa.

En aquella precipitada marcha emprendida desde el Seijo, rompióse uno de los talegos en que eran conducidos unos dos mil duros en plata, sembróse parte de su contenido por el camino atravesado por los fugitivos y los infelices labradores de nuestra tie-

rra, acostumbrados á dar tan crecido valor al dinero, contribuyeron á fomentar la leyenda de que los sublevados se llevaban los tesoros de Creso. Muchos días después, aun los aldeanos escudriñaban el trayecto en busca de monedas de medio duro, como las encontradas por los primeros afortunados.

A campo traviesa y evitando caminos, alejóse Suarez de la carretera; pero la desgracia de dislocarse un pié al saltar un vallado obligóle á permanecer dos días oculto en casa de un hospitalario labrador, de donde, una vez algo mejorado y á caballo, atravesó la provincia de Lugo, llegando á Mondoñedo y ocultándose en casa del Sr. Carranque. Más tarde pudo llegar por tierra á Santander y por fin á Madrid donde inmediatamente se unió á cuantos conspiraban contra el actual orden de cosas, que rápidamente se derrumbaba. Pesaba sobre él la amenaza de una condena de muerte como sobre tantos otros; pero esto no le impedía salir de su refugio con algunas precauciones.

Tal es la abreviada narración de aquellos memorables sucesos.

El respeto afectuoso que me inspira el Sr. Blasco Ibañez, tan digno de estima así literaria como políticamente, no ha de ser obstáculo á que haga contrastar lo antedicho, con lo afirmado por él en los cortos párrafos que á la insurrección del Ferrol dedica en su «Historia de la Revolución Española» y que reproduzco á continuación.

Quede á la memoria y al juicio de los supervivientes de aquellos sucesos el juzgar al ilustre historiador.

«En esta situación el 12 de Octubre de 1872, ó sea poco después de la apertura de las Cortes, estalló en el Ferrol una sublevación republicana preparada por el elemento intransigente. El coronel retirado Pozas y el capitán de fragata D. Braulio Montojo sublevaron las fuerzas del Arsenal, que sumaban unos mil quinientos hombres, apoderándose de dos fragatas, un transporte y varios cañoneros.

•La sublevación fracasó desde el primer instante, pues el vecindario abstúvose de tomar parte en ella y no produjo eco en ningún punto de España. La noticia de esta sublevación, que causó gran extrañeza, llegó á Madrid el 14 de Octubre, y al día siguiente Pí Margall en la sesión del Congreso se apresuró á manifestar que estaba tan sorprendido como el gobierno, pues el Directorio del partido federal no había tenido conocimiento hasta entonces de los sucesos del Ferrol; añadiendo que en una época en que era universal el sufragio, y la prensa y la tribuna libres, la insurrección dejaba de ser un derecho para convertirse en un delito.

«Estas palabras produjeron una gran protesta en el seno del partido federal. Muchos de los antiguos benévulos pasáronse á los intransigentes; las censuras contra el Directorio fueron muy apasionadas; en provincias suscribiéronse protestas contra las autoridades del partido y en Madrid circularon unas hojas sueltas tituladas *La Gran Traición de Pí Margall*.

«El ilustre pensador permaneció impasible en medio de aquella tempestad sin que decayera su ánimo un solo instante y sin importarle perder su inmensa popularidad á cambio de haber dicho francamente su pensamiento sobre una sublevación que, aunque organizada por el elemento intransigente, había sido favorecida por los alfonsinos.

«Pí Margall para purificarse convocó á la minoría republicana de ambas cámaras, sometiendo á juicio las declaraciones hechas en el Congreso. Reuniéronse cincuenta diputados y senadores y, por cuarenta y tres votos contra siete, la minoría hizo suyas las palabras de Pí Margall. Este volvió á hablar en el Congreso el día 10, haciendo constar graves declaraciones que no implicaban la condenación absoluta de los sucesos del Ferrol, de los cuales era en gran parte responsable el Gobierno por haber faltado á sus compromisos, especialmente no aboliendo las quintas, como lo había prometido.

«Entre tanto la insurrección del Ferrol terminaba de un modo desastroso. Al aproximarse á la población las fuerzas mandadas por el general Sanchez Bregua, los insurrectos se embarcaron en lanchas ahogándose algunos y llegando otros con Pozas á las costas de Francia. El número de prisioneros que hicieron las tropas del Gobierno fué considerable.»

Dejo á la consideración del lector el lamentar conmigo estas inexactitudes del ilustre historiador de la Revolución Española, tan exacto y minucioso en otras cosas, á quien ciertamente no faltaban medios de información mas aproximada á la verdad de los hechos, medios que me consta le fueron brindados.

¡Triste suerte la de los revolucionarios del Ferrol, el pasar oscurecidos y disfigurados á la historia, después de sacrificar generosamente á una idea la vida, el honor y cuanto al hombre es dado sacrificar en aras de una causa, sin que conste siquiera el valor que demostraron y afirmándose por un hombre ilustre de su comunión que huyeron al aproximarse el enemigo!

A menos que se les pidiese que, aislados y desautorizados, convirtiesen al Ferrol en una segunda Numancia...

Algo mas aproximados á la verdad en la narración de estos sucesos estan los señores Valera, Berregó y Pirala en su continuación de la Historia de Lafuente, á pesar de ser hostiles al criterio republicano.

«El Brigadier D. Bartolomé Pozas, á quien veremos poco después sirviendo á los carlistas, y el capitán retirado don Braulio Montojo, promovieron la sublevación republicana federal de la fuerza de guardias de arsenales y marinería del Ferrol, arrestando al Comandante General Sr. Sanchez Barcaiztegui, sin que hubiera que lamentar desgracia alguna. Acudieron en seguida fuerzas á sofocar aquel movimiento, y conociendo los mismos sublevados lo inutil de la resistencia, sufrieron algunos el fuego de las tropas, apoderándose éstas de noventa fugitivos y de cuatro-

cientos en el Arsenal; un gran cuerpo de insurrectos vió disputado su paso en el Seijo por los carabineros que lo guardaban, marcharon algunos hácia Puente-deume alcanzándoles la caballería y fuerzas, de la guardia civil y carabineros, rompieron el fuego, y por estar cortado el puente, retrocedieron hácia Cabanas, parapetándose en un pinar sobre un cerro, dispersándose despues. Asi terminó aquel insensato movimiento, quedando mas de mil hombres sometidos al Consejo de guerra. Abogó por ellos en las Cortes, Figueras, y el comité republicano de la Coruña dirigió un telegrama á Pi Margall culpándole por el funesto resultado de la insurrección y que para reparar en lo posible el mal que habia hecho, pidiera el indulto *«para tantos desgraciados dignos de merecerlos por lo menos igual interés que os merecieron los carlistas.»*

«Era justo este interés de los republicanos coruñeses, ya que habían abandonado á sus compañeros del Ferrol, que se vieron aislados porque desconfiaron muchos de aquel movimiento y de quienes lo dirigían, condenado en un principio por el mismo Pi Margall y defendido despues, fué objeto de no pocas dudas y controversias, produjo disidencias en las filas republicanas è hizo que el Directorio publicara un manifiesto condenando toda insurrección, porque no dependia de la fuerza el triunfo de su causa.»

«¿Que política es posible (preguntaba con amargura el Directorio) dentro de un partido en el que profesando las ideas de que las insurrecciones son siempre oportunas y justas, no falta nunca quien las promueva y las aliente, dentro de un partido en que menosprecian muchos los derechos individuales y los parlamentos y rinden exagerado culto á la fuerza; dentro de un partido albergue constante de agrupaciones anónimas que socaban en las tinieblas la autoridad del Directorio y de las minorías republicanas del parlamento? Además de fracasar con ésto los mejores planes, se mantiene en continua excitación al

partido sin llevarle de ordinario mas que al cansancio, á la fatiga; se le desgarran con movimientos aislados que concluyen por terribles catástrofes; se le aparta de la lucha de las ideas, en todo tiempo y en todo lugar fecunda, y se hace que no vaya con fé y decisión ni por el camino de la propaganda, ni por el de la guerra.»

Tal fué la doctrina con que los hombres mas eminentes del republicanismo español, á manera de agua fría arrojada sobre encendido rescoldo, respondían á las exaltaciones de los republicanos del Ferrol, doctrina que, ni por la autoridad de quienes la sustentaban logró estirpar aquí el fermento revolucionario, nunca muerto, pero que ejerció no obstante cierta influencia en la conducta y en el criterio de Suarez durante el resto de su vida.

Ahogado el incendio revolucionario de este rincón de la Península, apresuróse el Gobierno á abrir sobre la división de Sanchez Bregua el cuerno de Amaltea.

He aquí datos algo curiosos:

MINISTERIO DE LA GUERRA

Relación de las gracias concedidas á las fuerzas del Ejército que sofocaron la insurrección del Ferrol ocurrida el 11 de Octubre último.

	Empleos.	Grados.
De Teniente General.....	1	»
» Brigadier	2	»
» Coronel.....	4	2
» Teniente Coronel.....	9	16
» Comandante.....	14	22
» Capitán.....	24	18
» Teniente.....	13	26
» Alférez	16	48
» Sargento 1.º.....	21	40
» Sargento 2.º.....	45	76
» Cabo 1.º.....	15	89
	<hr/>	<hr/>
	164	337

CONDECORACIONES

	<u>Encomiendas</u>	<u>Cruces.</u>
De Isabel la Católica.....	6	5
» Carlos III.....	1	3
» Mérito militar para Jefes y Oficiales.....		34
» Cruces de tropa, sencillas.		1066
» Idem pensionadas.....		78
Total de condecoraciones		<u>1 193</u>
Total de gracias concedidas 1.694		
Madrid 16 de Agosto de 1873.		

GONZALEZ.
(Es copia.)

Si con 1.694 gracias se recompensó la ocupación del Ferrol y de sus Arsenales sin esfuerzo y sin lucha ¿cuál debiera ser el total de las concedidas al ejército alemán por las victorias que le llevaron tras prolongado sitio á la ocupación de Paris y que ocasionaron la anexión de Alsacia y Lorena?

*
**

En tanto los tribunales militares del Ferrol continuaban su labor y condenaban á muerte á cuantos no tuvieron la fortuna de lograr huir y se pudrían en las prisiones.

Aunque proscrito Suarez y oculto en Madrid trabajaba por medio de sus amigos, y especialmente de los diputados republicanos, para demorar y entorpecer la ultimación de las causas formadas, con la esperanza de un pronto cambio, que solo tardó ciento veinte dias.

Los momentos eran gravísimos.

De una parte los radicales, que se creían con derecho á monopolizar el poder, no ocultaban su frialdad para con la dinastía á la menor amenaza de perderlo; de otra la situación gastaba tan rápidamente á los hombres que en veinte dias se habían sucedido dos gabinetes, ocho en dos años y al mes y medio de constituidas era necesario disolver unas Cortes que eran

las terceras de tan breve período. La dimisión de la oficialidad de Artillería, la guerra civil carlista, el alejamiento y hostilidad de la aristocracia, hasta el detalle de no encontrar en España quien aceptase el apadrinar al príncipe que dió á luz la esposa de Amadeo el 29 de Enero, todo anunciaba el fin de la dinastía, alentando las esperanzas de Suarez y de los condenados á muerte en el Ferrol.



III.

Su vida política desde la proclamación de la República Española hasta su muerte.

(1873—1900)

La aurora del 11 de Febrero alumbró á un tiempo la caída de un trono, la proclamación de la primera República Española y la libertad de los republicanos sentenciados á muerte por los sucesos de Septiembre.

Fuera aquella sentencia una muestra más del formalismo que inspira el hipócrita derecho contemporáneo, si justo en la forma, inicuo en el fondo. Porque en la conciencia de todos, así de los jueces como de los sentenciados y de los espectadores de aquella lucha entre la ley escrita y las aspiraciones nacionales, estaba que la situación se iba, que el trono se bamboleaba, que la dinastía era imposible y que, fuese de modo permanente ó transitorio, la República venía por fuerza natural de las cosas, por incontrastable ley histórica.

Pero había sido necesario sentenciar á muerte para que se cumpliese la Ley, la Ley escrita, fantasma y apariencia de la divina y eterna virtud de la Justicia; aunque los jueces estuviesen persuadidos de que cuatro días mas tarde, los condenados á muerte serian declarados mártires de la libertad y del derecho.

¡Que de estas antinomias está llena nuestra historia!

Y tan cierto era ésto, tan segura era la inmediata proclamación de la República, que Suarez, oculto en Madrid en casa de su leal amigo D. Francisco Barnada, Comisario de Marina, igualmente proscrito, ni aun tomaba aquellas elementales precauciones que adopta el sentenciado á muerte que en menos tenga la vida: conocían su existencia en la corte y hasta su domicilio, muchos hombres políticos, incluso de la situación amadeista; pero todo el mundo miraba á aquellos criminales en el sentido jurídico, como colegas de mañana. No había un ministro que no tuviese en su historia una condena de muerte ó una próscripción.

Decretada al fin la amnistía política y con ella el indulto y sobreseimiento de las causas por los sucesos del Ferrol y por las demás sublevaciones republicanas, Suarez regresó al Ferrol.

El 12 de Marzo era aclamado en el circo de madera que existía á espaldas de la Cárcel y reelegido presidente del Partido, que puede decirse que él creara, el cual en las primeras elecciones de Diputados le envió al Parlamento, en el que tomó asiento el 5 de Junio de 1873.

Lugar habría aquí, si estas páginas estuviesen llamadas á mayor desarrollo que aquel que la realidad impone, para hacer un detenido y prolijo examen de la labor parlamentaria de Suarez.

Hombre práctico y de intención y alcance político tanto como conocedor de sus propias fuerzas, no intentó como Icaro elevarse en alas de una oratoria grandilocuente ó tribunicia tan difícil de sostener en un parlamento como el español, fecundísimo en oradores brillantes, que en 1869 había llegado á la mayor altura que en el mundo alcanzó, el arte de la palabra y ofrecido los más perfectos y acabados modelos de oratoria política.

Pero si el diputado ferrolano no quiso entregarse

al culto de la forma ni de la estética de la elocuencia, no por eso fuè menos útil su meritísima colaboración en aquellas memorables Córtes.

De las innumerables proposiciones que suscribió ó apoyó nuestro diputado y de las discusiones en que tomó parte en el breve período parlamentario de Junio á Diciembre de 1873, merecen recordarse como mas notables las siguientes;

Representando autorizadamente á la Artillería de la Armada manifestó que este cuerpo se ofrecía desinteresadamente á servir las baterías del ejército, privadas de personal facultativo por consecuencia de la dimisión de éste, y á incorporarse á las fuerzas terrestres para combatir al carlismo, renunciando de antemano á todo ascenso, premio ó gratificación.

Pidió la supresión del Almirantazgo, proposición que, como otras muchas, suscribía con él otro ferrolano de grata memoria. (1)

Discusión sobre la supresión del Ministerio de Marina,

Interpelación acerca del número de gracias concedidas al Ejército por los sucesos del Ferrol en 1872.

Interpelación sobre la falta de pago durante cuatro meses á la maestranza de este Arsenal.

Proposición para equiparar el salario de los obreros de la Maestranza del Ferrol al que cobraban sus similares de Cadiz y Cartagena, sin que el mas elemental principio de justicia abonara esta irritante desigualdad.

Discusión empeñadísima sobre el acta de D. Jacobo Oreiro, combatiendo añejas costumbres del parlamento español, siempre encaminadas á dar el triunfo á los candidatos afectos á la mayoría, cualesquiera que sean las condiciones de un acta.

Interpelación acerca de la forma secreta en que el Gobierno de Castelar hubiese arreglado el conflicto

(1) Don Ricardo Obertin Cortés, republicano federal y Oficial del Cuerpo Administrativo de la Armada.

de la Artillería y sobre si las condiciones de este convenio eran ó no decorosas para la Patria.

Y muchas otras cuestiones candentes tratadas por aquellas borrascosas Cortes, desde las de principios y doctrina hasta las de detalle y gobierno.

En todas las votaciones habidas en aquella memorable época parlamentaria el voto de Suarez aparece siempre con la extrema izquierda al lado del de Pí y por lo general de Orense, Salmerón, Marqués de Santa Marta, Benot, Cala, Palanca, Sorní, Sallés, Suñer, Estébanez y con hombres tan conocidos y próximos á nosotros como Perez Co-tales, Obertin, Moreno Barcia, Mendez Brandón, Plá Huidobro, Alvarez Boealandro, Diaz Quintero y muchos otros republicanos gallegos.

Muy lejos nos llevaría el estudiar las causas que originaron la descomposición de aquel Parlamento en el que, cual en otro alguno imperaba una buena fé indudable y un patriotismo indiscutible: estudio que tantas enseñanzas guarda para el porvenir si no han de sobrevenir análogas consecuencias.

El golpe de Estado del 2 de Enero de 1874, atentado brutal digno de una de aquellas revueltas americanas que accidentan la vida de la primera época de los estados emancipados de España, dió fin á la vida de aquellas Cortes y de hecho tambien á la vida de la primera república. Los republicanos españoles, idealistas, hartos de legalidad, no habían sabido crear un generalato republicano como la república francesa lo había creado para su servicio y defensa y moría á manos del general Pavía, á quien, como á tantos otros, jamás debió confiar el mando de los ejércitos de la pátria.

Suarez estaba entonces tan sobrado de recursos que para poder vivir en Madrid durante su diputación fué secretario particular de un magnate republicano y poco después, con parte del material que poseía en el Ferrol, montó una pequeña imprenta en la calle de Muñoz Torrero número 2, trasladada más tarde á la

de Noblejas número 3. Allí se editó la Galería de Gallegos ilustres del malogrado Vesteiro; al frente de su modesta industria continuó hasta Junio de 1875 en que regresó á su ciudad natal. Tan desahogada era entonces la posición del ex-diputado ferrolano que hubo de recibir del naviero D. Nicasio Pérez, siempre dispuesto al bien por ingénita condición, favores nunca olvidados por Suarez, en su traslado y en el de su imprenta por la vía de Santander.

Entregado en Madrid á los trabajos de su imprenta sorprendieronle las primeras nuevas de la sublevación alfonsina, que dueña tan sólo de Valencia, triunfó merced á la cobardía del gabinete que presidía Sagasta, irredimible ante la Historia de su traición á los poderes que ejercía en una república legalmente constituida.

No ha de ser un republicano oscuro de provincias quien afirme ésto: es el mismo Sagasta en su manifiesto de la Gaceta del 30 de Diciembre de 1874.

«... Los generales Martinez Campcs y Jovellar han levantado al frente del enemigo la bandera sediciosa de D. Alfonso de Borbón,

«Este hecho incalificable que pretende iniciar una nueva guerra civil, como si no fuesen bastantes las calamidades de todo género que pesan sobre la patria, no ha encontrado eco por fortuna ni en los ejércitos del Norte y Cataluña, ni en ninguno de los diversos distritos militares.

«El gobierno... tiene el deber sagrado de calificar duramente y castigar con todo rigor esa rebelión... que nos deshonra á los ojos de Europa.»

«El gobierno fiel á sus propósitos y leal á los solemnes compromisos que ante el país y Europa tiene contraídos, está hoy más resuelto que nunca á cumplir con su deber y lo cumplirá.»

Y en efecto, tan bien cumplía esos compromisos contraídos ante Europa, que á las veinticuatro horas cedía voluntaria y espontáneamente el poder á lo que

la Gaceta había llamado «bandera sediciosa de don Alfonso de Borbón.

El año 74 que había empezado con una traición acababa con una villanía.

Después de ésto ya todo era lícito en el orden político. Ningun medio de conspiración que llevase al triunfo de la república asesinada, podía parecer indigno al hombre que más alta idea tuviese de la caballeridad, del honor y de la hidalguía española.

El Sr. Sagasta, el Sr. Martínez Campos, y el Sr. Serrano dieron el 31 de Diciembre de 1874 carta blanca á los republicanos y á los liberales españoles para tomar el desquite dónde, cuándo y cómo se pudiese.

Desgraciadamente aun está pendiente la deuda.

Al sobrevenir la restauración entró el partido republicano del Ferrol, de la Coruña, de todas partes en un periodo de marasmo determinado por la fatiga que en el espíritu originan las decepciones, las amarguras, los grandes esfuerzos infructuosos, por la ley eterna del vencimiento.

Suarez, que no naciera para hacer comercio de su conciencia y de sus convicciones, ni para convertir la política en oficio, (sistema en España muy socorrido y cómodo); tornó al trabajo de su imprenta y al de la enseñanza, de igual modo que tornara á su honrado mostrador y á entregarse á la tipografía y á la encuadernación otro gallego, diputado y gobernador de provincia; (1) ofreciendo ambos ejemplo digno de ser imitado por los bohemios de la política.

Pero estaba escrito que poco tiempo había de vivir tranquilo.

Siempre ha sido detestable por no decir risible la policía secreta en el Ferrol y más risible era aún la que podía informar acerca de trabajos revolucionarios al Gobernador militar de la plaza, quien sabedor de que se conspiraba y de que Suarez con dos amigos ha-

(1) El Sr. D. Ricardo Pita, de respetable memoria,

bía ido de gira á la vecina aldea ds Serantes, denunció al Gobernador Civil de la Coruña Sr. Conde de San Juan, haciéndole salir del Ferrol sin pérdida de horas.

Fuera aquella una ridícula equivocación: entonces ni Suarez ni nadie conspiraba en el Ferrol y lo hecho con él fué verdadero palo de ciego.

A ménos que se llame conspirar al cambio de ideas entre las personas que aborrecen un orden de cosas.

Salió, pues, desterrado Suarez (1) por la vía de la Coruña donde mereció al Gobernador Civil bastantes más atenciones que al militar del Ferrol y donde conoció el origen de la denuncia.

Fuése directamente á Barcellos (Portugal) como punto próximo á Galicia y poco después reunióse en Oporto con Salmerón, Fernández de los Rios y otros notables republicanos; más tarde fueron todos ellos expulsados de Portugal por aquel gobierno á instancias del español y hubieron de trasladarse á París.

En la capital francesa púsose Suarez en contacto con Ruiz Zorrilla por mediación é instancias de Fernández de los Rios y allí pactó con el expresidente del Consejo de Amadeo la prosecución de los trabajos revolucionarios sobre la base, *ad referendum*, de que el partido republicano suprimiese interinamente el calificativo de federal para llegar al hecho de fuerza. Digo *ad referendum*, porque era condición exigida por Suarez que el partido republicano federal del Ferrol había de aprobar este convenio, sólo en principio estatuido, y al plegar *temporalmente* su bandera fundirse con los antiguos progresistas que siguieran á Ruiz Zorrilla al campo republicano.

Arduo y espinoso era el intento; el partido federal que tantos agravios debía á los progresistas, que tan valientemente combatiera la dinastía de Saboya, que acababa de sublevarse contra el gobierno de los radi-

(1) 10 de Agosto de 1875.

cales apenas hacía cuatro años, no podía, imposible, silenciar de repente tantos rencores y tan ingratos recuerdos para unirse á sus enemigos de ayer. No sin trabajo, no sin suspicacias y protestas, por otra parte muy legítimas, pudo llegarse al convenio con los radicales del Ferrol que acaudillaba D. Gaspar Rodríguez: á tanto obligaba la ley de la necesidad que imponía la desgracia del vencido.

Entre las honradas masas republicanas ni entonces ni hoy tenía entrada la persuasión de que la República es algo mas grande que un partido y que por lo tanto serán vanas las tentativas para llegar á una perfecta y absoluta unidad; que la República es más que eso, es un régimen entero que debe tener extrema izquierda, avanzada del movimiento progresivo llamada siempre á más amplios horizontes, y extrema derecha llamada á representar las clases conservadoras, enemigas por instinto de toda obra hondamente revolucionaria.

La aversión entre estos elementos era lógica, natural, y solo podía haber unidad entre ellos para el hecho, para la acción, para destruir la obra de Sagunto: al otro día del triunfo el partido que acaudillaba el sabio Pí, tantas veces profeta, había de representar el avance; y los elementos venidos del campo monárquico, entonces dirigidos por Ruíz Zorrilla, habrían de ser con Castelar ultra-conservadores.

Los republicanos del Ferrol, como los de toda España, no veían que no existe una sola nación republicana en la que no exista también la izquierda como germen de toda revolución pacífica de las ideas y derecha con todos los olvidos del credo democrático que son frecuentes en el Norte-América, en las repúblicas hispano americanas, en Francia, en donde quieran.

No veían que la restauración de Sagunto, como la revolución de Septiembre no fueran llevadas á cabo con un programa único; sino fundiéndose, asociándose para la acción los elementos más distantes y aun heterogéneos y que al otro día de la restauración exis-

tian y luchaban el partido conservador y el que por antítesis y con menosprecio del idioma, se llamaba liberal.

Admiradores fervientes de Pí, no veían el sentido hondamente filosófico de la afirmación de su jefe «El programa único es imposible si no se aceptan las bases democráticas del credo federal.»

Y entonces como ahora seguían y siguen esperando en vano por un partido único con un programa único: utopía hermosa que dió vida y estabilidad á la restauración.

Pero continuémos estudiando la vida del repúblico ferrolano.

Difícil, y más que difícil inoportuno, sería narrar los pequeños disturbios de familia que accidentaron la vida del partido desde el regreso de Suarez del destierro, en 15 de Febrero de 1877, y que amargaron la presidencia á que de nuevo fué llevado. Preciso se hace ser muy sobrio en esta exposición por respeto á la opinion de las dos tendencias que se dibujaban; una que, juzgando á Suarez hartó tibio en sus trabajos revolucionarios, afirmaba ser posible y útil la renovación de los sucesos del 72; y otra que conceptuaba esto inútil ó imposible, mientras no hubiese la seguridad de que las principales ciudades de España habían de asociarse á un hecho de fuerza.

Para que la divergencia de los juicios acerca de Suarez fuese mayor, culpábale los correligionarios prudentes del campo progresista y los elementos allegados últimamente por Ruiz Zorrilla de ser demasiado piista y poco entusiasta por los procedimientos de fuerza inmediatos; y los federales, que constituían la mayoría inmensa del partido, de haberse entregado con exceso á Ruiz Zorrilla, de haberse alejado un tanto de Pí Margall, de haber ido poco á poco dando al olvido el credo, la doctrina y la propaganda federal.

Entre estas opiniones no cabía avenencia y cada cual sentía cóleras iguales por motivos diametralmen-

te opuestos y que no podían coexistir, porque una acusación excluía la otra.

Fuerza es decir la verdad, toda la verdad del fondo de estas acusaciones y de estos disentimientos.

Suarez era sinceramente federal, murió creyendo en la doctrina de que fuera apóstol ferviente y propagandista entusiasta. Era admirador y adepto de Pí en la doctrina pura, constantemente predicada por el sabio tribuno, era adepto de Ruiz Zorrilla en el procedimiento de fuerza de que aquél estaba un tanto distanciado desde muchos años atrás. No le satisfacían, no podían satisfacerle las acomodaciones del exministro de Amadeo á los temperamentos gubernamentales y transigentes que este creía indispensables para el triunfo y consolidación de la República.

Y no era él solo quien así discurría. Un antiguo y consecuentísimo federal del Ferrol, de entusiasmos rayanos en la idolatría por el credo del Sr. Pí y de cuyo federalismo es imposible dudar, escribía diez y siete años después, en 14 de Agosto de 1894, al señor Ruiz Zorrilla, identificándose con el criterio sustentado por Suarez: «Porque yo, Sr. D. Manuel, soy federal, pero mi bandera la enrolló en aras de la unión y prescindí de mi apellido político para formar en un solo pelotón, en el partido republicano único, defensor de un programa común, leal y honradamente aceptado por todos.

Y aunque soy federal, entiendo que jamás llegaremos á una república estable sin que vayamos por el sendero regenerador de la revolución...»

Que es precisamente lo dicho y escrito por Suarez desde 1877.

Su devoción á Ruiz Zorrilla era por lo tanto temporal, transitoria, de momento, para llegar al hecho, no para seguirle en la implantación de un régimen hartamente condescendiente con la tradición y con el pasado, siquiera más tarde hubiese de recibir el impulso que por ocultas fuerzas la revolución comunica á sus

obras á despecho á veces de los mismos revolucionarios.

Esto es lo que pensaba Suarez en cuanto á doctrina. En cuanto al hecho, al procedimiento, es necesario decirlo: el resultado infructuoso de la sublevación del Ferrol se había grabado en su alma con caracteres indelebles y cuando todo parecía anunciar para breve plazo la aurora del sol de la República, tantas veces anunciado por los astrónomos revolucionarios, venían á su memoria los abandonos, las decepciones y las soledades del malogrado levantamiento de 1872, de cuyos dolorosos recuerdos no podía emanciparse.

Hoy que la muerte y el tiempo, maestro de verdades, hacen lugar á la justicia, es preciso reconocer que si solamente la tibieza de Suarez hubiese coartado las energías revolucionarias del Ferrol, en otras cien ciudades de abolengo republicano donde existiese mas enérgica dirección se hubiera llegado al éxito y no hubieran resultado estériles los esfuerzos de Vega en Badajoz, de Villacampa en Madrid y de muchos otros heroicos mártires del honor y de la palabra empeñada.

Mas aún, el día en que del Ferrol se contestó estar dispuestos á secundar la revolución (1885—1886), ésta no llegó á realizarse, independientemente de la actitud del Ferrol y del criterio de Suarez más ó menos expuesto á error.

No es esta afirmación hija de un criterio excesivamente benévolo para él, sino hija del conocimiento de los hechos.

Conviene demostrarlo.

Los trabajos revolucionarios, casi paralizados en el Ferrol como en toda España desde 1874 á 1877, reanudáronse vigorosamente en 1882 por virtud de la Asociación Republicana militar, vasta sociedad secreta, de estructura masónica aunque extraña á la masonería universal, que fué en mi juicio el mayor peligro que amenazó á la restauración.

Desarrollados en el Ferrol estos trabajos, por su

índole en un principio independientemente de Suarez, hizose indispensable la participación de éste en aquella labor para mantener como hombre civil la correspondencia directa con Ruiz Zorrilla, y por exigencias de los mismos comprometidos.

Descubierto el extenso plan, por venta y denuncia del célebre Sifler á Sagasta, quien sin embargo no llegó á tener nunca la clave completa de la organización, ni á conocer los nombres de los militares afiliados; no por eso se desanimó el tenaz revolucionario español, aunque desde entonces su obra se resintió siempre de falta de unidad.

Muchos fueron los mensajeros enviados por él al Ferrol desde 1877 á 1882, sin que fuese posible que Suarez reconociese valía bastante ó los elementos acumulados para reproducir los sucesos de 1872: con tenacidad invencible negábase á todo lo que fuese una *aventura* y no tuviese ciertos caracteres de seriedad: veíanlo en cambio otros todo de color de rosa y argüían que no había de ser el Capitán General del Departamento quien los secundase, porque con menos que con lo actualmente seguro se había hecho la sublevación de Pozas.

Difícil se hacía elegir entre ambos criterios. Por otra parte, ni Ruiz Zorrilla ni sus emisarios debían estar muy seguros de ciertos optimismos cuando no prescindían de Suarez que, históricamente hablando, no había sido indispensable para el hecho material de 1872.

Cual si el destino quisiera enfriar en Suarez sus ya no vivos alientos revolucionarios, el desastre de la sublevación del coronel Vega en Badajoz en 5 de Enero de 1883, vino á proporcionarle nuevos argumentos.

—«¿Qué plan ni que seriedad revela el sublevarse el día 5, —alegaba Suarez— poseer durante horas una plaza fuerte á un paso de la frontera, teniendo segura la retirada y encendidas las locomotoras de los trenes para el caso de una derrota, y no sostenerse ni siquiera ocho días en espera de acontecimientos pro-

bables, si verdaderamente el país y los elementos armados están dispuestos á la revolución? ¿No hemos hecho mucho más nosotros el 72, careciendo de retirada? ¿Cómo se concibe esa huida sin lucha el inmediato día 6?

No era fácil rebatir esta argumentación.

Y para confirmarla y revelando doloroso desconcierto, el 7 sacrificaba esterilmente su vida en Santo Domingo de la Calzada el heróico Cebrián, asesinado por la espalda por sus mismos soldados; y cuatro días después se alzaban tan pronto como se disolvían las partidas de Sans, de S. Martín de Provencals, de Lérida y de Tarragona y traspasaban la frontera francesa, sin lucha, á imitación de las de Badajoz, las fuerzas que durante unas horas fueron dueñas de una plaza fuerte como la Seo, que tan valerosamente prolongó el sitio durante la guerra carlista.

Ante tal conjunto de desastres reveladores de infantil irreflexión en los elementos directores, no es extraño que los dinásticos asegurasen, con malévola inexactitud, que aquel peligroso juego en que se aventuraba el honor y la vida de los hombres, obedecía á hábiles combinaciones bursátiles y que Suarez no ocultase el disgusto y el desdén con que veía todo inmediato proyecto revolucionario.

Pero llegó el momento en que los factores acumulados fueron de tal importancia y las acusaciones hechas al jefe ferrolano tan graves que hubo de prestar su asentimiento á los correligionarios de acción y empeñar su palabra de que el Ferrol respondería al levantamiento que se preparaba para el mismo día en Barcelona, Cartagena, Valencia y Cádiz, siempre que al frente de las fuerzas viniese á ponerse un jefe militar de cierta categoría.

Mes y medio estuvo oculto en el Ferrol un coronel con su ayudante (1885), sin que la policía tuviese de ello la más leve sospecha, en espera de los sucesos anunciados, que no llegaron á realizarse al fin por imperfecciones del plan de Ruiz Zorrilla, demasiado

crédulo y pronto á dar acogida á promesas con suma ligereza empeñadas.

Una vez más en 1886 volvió á renacer la esperanza al parecer con grandes garantías, y una vez vino á estar oculto el citado jefe por espacio de veinte días en espera del telegrama convenido que participase haberse sublevado un cuerpo de ejército, haciendo base de operaciones á una plaza fuerte; y nuevamente hubo de retirarse, dejando á Suarez cada vez mas convencido de la falta de madurez y de unidad de los propósitos concebidos en París.

Pero cuando más clara se vió esta falta de preparación y de unidad del plan revolucionario fué cuando el laconismo del telégrafo participó la muerte del rey Alfonso XII. Ningún republicano del Ferrol, de los que tantas veces fueran solicitados para un hecho de fuerza, pudo entonces explicarse que pasase el día 25 de Noviembre de 1895 sin que sucediese nada, y que la Historia de España pudiese proseguir aquel día sin consignar en sus páginas otra cosa que la muerte del primer magistrado de la nación, detalle al fin de mediana monta en los gobiernos constitucionales.

¿Es posible que este suceso fuese inesperado para el Comité revolucionario de París?

¿Qué policía y qué medios de información poseía entonces quien tantas veces había anunciado existir un vasto plan revolucionario?

¿Para llegar á este marasmo se había vertido la sangre de Mangado, de Cebrián y de tantos otros?

¿Para ésto habían perdido su carrera y su porvenir hombres de tanto valor comprometidos en las intenciones?

Y cuando más tarde fué necesario lo que Marcos Zapata llamó «la piedad de una reina», cuando el pundonoroso Villacampa, después de haber atravesado á Madrid al frente de sus tropas sublevadas, hubo de terminar sus días de un modo mucho más triste que al frente del enemigo, entonces no era solamente Suarez sino muchos los que como él censuraban

enérgicamente aquellos estériles sacrificios hechos sin utilidad ni gloria, que llevaban el desaliento y el cansancio á los ánimos mejor templados.

Aun otra vez, que fué ya la última, volvieron á sonar á su oído ecos de esperanza y augurios de triunfo al regresar de Cuba, no vencidos sino hambrientos y devorados por la miseria, aquellos doscientos mil hombres. Aun entonces hubo muchos republicanos que con más ilusiones que conocimiento de los hombres, pusieron el depósito de sus esperanzas... en Weyler...!!

Pero el alma de Suarez, helada por los desengaños y por los frios que la vejez lleva á la sangre, no estaba ya en disposición de escuchar las voces misteriosas que parodiando las que oía Macbeth, le decían: «Tú la verás».

Faltaban á su angustiado pecho las salvajes energías del héroe de Sakespeare á las que nunca estuviera muy dispuesto por misterios de su propia organización.

Y también esta vez realizáronse sus pesimistas pronósticos, para desgracia de la infortunada nación española.

*
**

En todo el largo período que acabo de bosquejar rápidamente y que llega hasta los 71 años de su edad, no cesó un día de entregarse á las tareas periodísticas para las que, en mi concepto, naciera mejor que para las revolucionarias, que le fueron impuestas por las circunstancias.

Como antes trabajara en *El Eco Ferrolano* trabajó durante nueve años en *La Democracia*, escrita por él solo, y con el auxilio de muy pequeña colaboración.

Allí derrochó los mejores momentos de su ingenio; entusiasmábase con los pequeños asuntos locales, con los detalles de la administración municipal, con el triunfo de un candidato en la votación de un cargo; allí esgrimía la pluma con extrañas energías contra la prensa del campo enemigo, y maravillaba la corrección de su estilo en las condiciones en que él escribía.

Rápida y poco meditada es siempre la labor periodística, esclava de la premura del tiempo; esto es vulgar, pero el *modo de hacer* de Suarez era verdaderamente curioso: jamás escribió su periódico ni el libro en esa grata soledad del gabinete de trabajo en que el silencio y la compañía de la biblioteca facilitan el discurso y prestan auxilio á la infiel memoria.

Escribía sobre el mostrador, de pie, interrumpiéndose cien veces para corregir la prueba, para contestar al importuno, para dar limosna al mendigo, y para realizar la venta al menudeo, de suyo molestísima. Cuantos le veíamos trabajar juzgábamos imposible imitarle.

Erale necesario un enorme poder de abstracción. Por esto era más de admirar su estilo.

Era verdaderamente el tipo del periodista, y más digno de observación cuanto que ya franqueaba las fronteras de la ancianidad.

Al acortarse la vista física de Suarez, por una contradicción entre la óptica y la psicología, placíanle mas los objetos pequeños y cercanos que los grandes problemas que empezaban á operar honda transformación en los partidos españoles, especialmente en los populares. Permanecía viviendo en 1869 cual si España y el mundo entero no se hubiesen transformado.

Erale mas grata la lectura de la prensa nacional que la de la extranjera, tan fecunda en analogías y enseñanzas.

Aun entonces tenía momentos de entusiasmo para asociarse á la actitud de la Junta de Defensa de la Coruña, constituida (1889) por agravios del centralismo madrileño á la vecina capital con la supresión de las escalas de los trasatlánticos y renovada con mayores ardimientos por la supresión de la Capitanía General de Galicia en 1891: Juntas de Defensa que no tardaron en ser imitadas por muchas ciudades de España y que provocaron las cóleras del autoritario Cánovas del Castillo.

Asocióse asimismo á la Junta de Defensa forma-

da en el Ferrol en 1895, con motivo de las averías del Crucero María Teresa, y con ella sufrió la prision desde el 6 al 23 de Septiembre.

Pero ya no eran ni su pulmón, ni sus energías lo que habían sido y empezaba á ver las cosas con la frialdad de ánimo que inducen los años en las intervenciones gastadas por las luchas de la vida.

Aun volvió una vez más al municipio donde tantas veces estuviera, obligado por su partido que veía en él un prestigio una institución y un emblema.

Sus constantes achaques abrían largos paréntesis en su vida pública, y buscaba en las letras entretenimiento compatible con sus dolores físicos escribiendo su última novela, *Grandal*.

Siendo todavía concejal y Presidente honorario del partido que puede decirse que creara, llegó el día de su muerte.

Vióla llegar con admirable serenidad de espíritu, como se vé aproximar á una persona á quien se espera sin premura y sin temor, y aceptóla como el pago de una deuda que se está pronto á solventar.

No sentía morir, persuadido de que había cumplido su misión, temíale á las molestias angustiosas de la asfixia. Dióse descanso como el obrero que ha terminado su labor, tranquila la conciencia. Convencido deísta entregóse sereno y confiado á la justicia infinita de la que jamás dudado había.

Todavía en sus últimos momentos tuvo lucidez y entereza suficientes para confirmar las cláusulas testamentarias en las cuales ordenaba se le diese tierra con la misma ropa interior que vistiese en el momento de fallecer, sencillamente envuelto en una sábana ó sudario, sin pompa alguna, sin ritos religiosos, queriéndolo y esperándolo todo de Dios y nada de los hombres.

Murió como un filósofo sin haber pretendido pasar por tal durante su vida.

Es imposible pedir más serenidad al hombre, más reposada tranquilidad al justo.

Si es verdad que *«talis vita finis ita»* la placidez de su muerte fué una garantía de la honradez de su vida.

A las 12 de la mañana del 15 de Marzo de 1900 cesaba de latir su corazón y la nueva de su muerte se extendía rápidamente por la ciudad, constituyendo el acontecimiento del día.

Por delante de su cadáver desfilaron silenciosamente los hombres de más opuestas opiniones y tendencias: monárquicos y republicanos, conservadores y revolucionarios, creyentes y descreídos, amigos y adversarios en las inevitables luchas de la vida.

Manos amigas y manos desconocidas cubrieron su modesto féretro, las unas de coronas las otras de la simbólica flor de la acacia, que, como el loto en Egipto, es el emblema del dolor y de la esperanza sobre las tumbas, del renacimiento del sol y de la inmortalidad de las almas.

La conducción de su cadáver en la tarde del 16 alcanzó la categoría de un acontecimiento.

Dejémos la tarea de consignar detalles al periodismo, siempre maestro en estas tareas con que elabora el archivo histórico del porvenir.

Como era de esperar, la manifestación del duelo que se sentía fué grandiosa, probando así no sólo las simpatías que el pueblo entero tenía hacia nuestro inolvidable maestro; sinó también que en esta localidad el espíritu democrático se halla posesionado de las muchédumbres, pese á todos los trabajos que realiza la reacción jesuítica para alcanzar el dominio sobre ellas.

El Ferrol es un pueblo viril y enérgico, libre y amante de la tolerancia religiosa como de todos los principios que encarnan en la Democracia, y no podía dejar de rendir su tributo de respeto y admiración hacia aquél que con razón podía llamarse su verbo.

Por eso el pueblo entero acudió á acompañar el cadáver del que en vida fué Francisco Suarez y Gar-

cia, y lo hizo de un modo ostensible y como jamás se ha visto en esta localidad.

Media hora antes de la señalada, ya era imposible transitar por la calle Real.

Una masa compacta de hombres y mujeres, todos ávidos de ver la salida del féretro, se hallaba apostada en la manzana en que se encuentra la casa mortuoria. Tantos eran los que allí se encontraban que la calle estaba llena de bote en bote.

Por todos los demás sitios el público afluía de una manera considerable. Parecía que algo extraño y anormal ocurría en la población, que conmovía á todo el vecindario: tal era el afán y el deseo de asistir al acto triste que iba á verificarse.

A la salida de la maestranza, la aglomeración de gente imponía por lo asombroso del número, Pocos, muy pocos, serian los obreros, que dejasen de asistir.

A las seis y media salió el cadáver de la casa mortuoria.

El público guardó un profundo silencio y todas las cabezas se descubrieron.

Organizóse la comitiva, emprendiendo la marcha con el siguiente orden:

El féretro, á cuyos lados marchaban veinte guardias municipales dando escolta al cadáver, y cuyos cordones eran llevados por los señores González Buyo, Carracedo, Angueira y Restrebada.

El duelo por la familia compuesto de los señores D. Manuel Torrente, D. Antonio Barreiro, D. Ricardo González Cal, D. Manuel Baamonde y D. Mariano Piñeiro.

La representación del Partido republicano que la constituían los señores D. Manuel Torrente, (hijo) D. Santiago de la Iglesia y D. Román Torres.

La comisión del Ayuntamiento, en la que iban el alcalde y los concejales señores Guerrero, Calvo, Dans (D. I.), Fernández (D. M.), Allegue y Punin. Llevaban todos la medalla distintivo de su cargo.

Detrás iban los tres jefes de la guardia municipal, y un cabo.

Seguía después una inmensa multitud casi imposible de calcular.

Era tan considerable su número, que la calle era estrecha para contenerla y los aprietos por ese motivo eran muchos.

No podía moverse uno con el más pequeño desahogo y, si la frase vale por lo gráfica, puede decirse que casi se iba estivado.

Y así siguió la imponente manifestación, que bien podemos darle ese nombre, sufriendo las incomodidades del aprieto y sin dar muestras de retirarse.

En todas las bocacalles ocurría lo mismo; compacta multitud esperaba el paso del cadáver, y uníase después al acompañamiento, en el que formaban confundidas todas las clases sociales, sin exceptuar á una sola.

Los balcones y ventanas de las casas situadas en el trayecto se encontraban también llenas de señoras, que presenciaban el desfile de aquel silencioso gentío.

En fin, sin que exageremos, pues tal nota jamás nos agradó, bien podemos decir que el Ferrol entero, que así puede llamarse á la mayoría absoluta del vecindario, asistió á rendir su último tributo de aprecio al cadáver del que fué siempre un defensor decidido de cuanto interesaba á esta ciudad.

Cuando llegamos al cementerio civil era imposible dar un paso.

Con muy buen acierto se encontraba cerrado. Así lo exigía la pequeñez de aquel lugar, y sobre todo el evitar que las avalanchas de la muchedumbre deteriorasen las sepulturas que allí existen.

Se abrió la puerta á la llegada del cadáver, entró este no sin trabajos y ahogos, con un considerable número de acompañantes, entre ellos algunas representaciones del duelo.

Reinó un sepulcral silencio; los sepultureros em-

pezaron sus faenas y allá fué á la fosa, en la parte Norte, el cuerpo del nunca bien llorado Suarez.»

Al descender el féretro á la madre tierra antiguos compañeros del campeón de la democracia arrancaron como reliquias trozos de la modestísima tela que cubría el ataúd.

La oscuridad era absoluta cuando la muchedumbre abandonó aquellos fúnebres lugares después de rendir el último tributo al hombre de vida modesta para quien la política fué una consagración de la existencia y no un oficio, para quien el trabajo fué un deber; una religión fielmente cumplida.

Si Suarez hubiera querido evolucionar como tantos otros compañeros suyos de propaganda, de parlamento, de los mismos días del peligro ¿le hubiera faltado acogida benévola en otro campo mas fructífero y provechoso?

¿Tán mezquinas eran sus dotes que no hubiera podido figurar dignamente donde otros figuran?

Evidentemente que no.

Cuando un hombre que vale algo persiste toda su vida en el campo de los partidos avanzados, tan estéril para los medros y las ambiciones, tan fecundo en amarguras; es necesario reconocer en él creencias arraigadísimas y convicciones profundamente encarnadas en su alma. Porque á nadie se oculta que quien tiene ambiciones, fáciles de satisfacer siendo el campo intelectual de la mayoría de los políticos de tan bajo nivel como es en España, no es ciertamente en el campo republicano donde ha de encontrar premio y bienandanzas.

Y la vida política, en donde quiera acidentada y amarga, tiene en todas partes compensaciones, menos entre nosotros los que miramos más que á un presente á un porvenir espinoso y difícil.

La vida de Suarez, como acabamos de demostrar, está inseparablemente unida al proceso de la política contemporánea desde 1860 hasta 1900, de tal manera que es imposible separar la una de la otra: biografiar

à Suarez es hacer un pequeño resumen de los sucesos culminantes de la historia patria. En cuanto al Ferrol el enlace es tan íntimo que no hay apenas ni un solo acuerdo del municipio que él no haya combatido ó apoyado con la palabra en los escaños concejiles, con la pluma en la prensa, ni un solo suceso de la localidad en que él no tenga directa ó indirecta participación ó influencia mayor ó menor; desde las tranquilas tareas de la paz, hasta los movimientos políticos de la opinion, desde los detalles de la vida administrativa de nuestro pueblo, hasta los actos revolucionarios mas atrevidos.

De este exámen de su vida política resaltan á la vista y dan relieve à su figura los caracteres que distinguen á la mayor parte de los hombres de su generacion, procedentes del benemérito campo de la democracia que ingresaron en las filas republicanas para jamás abandonarlas. Más en España esas filas, por las circunstancias de la propaganda, fueron única y exclusivamente federales, hasta tal punto que los hombres que en el parlamento y en la prensa defendieron la forma unitaria, aun siendo de la talla y de los merecimientos de García Ruiz, apenas si por un momento ocuparán la memoria y la pluma del historiador. Todos los demás matices son de ayer, son ramas desprendidas del tronco primitivo y originario.

De entre los caracteres comunes á esos hombres destacan en Suarez aquellos que tienen su origen en las fuentes de los enciclopedistas: la lucha constante, ardiente, apasionada por la libertad en los tiempos de la tiranía; la devoción nunca entibiada al canon de los derechos individuales, la aversión tanto razonada como instintiva á toda oligarquía y especialmente á la clerical, que encarna y asume la Historia de España desde el período gótico; y como evolución y perfeccionamiento final, un republicanismo profundamente sentido y sólidamente cimentado su el espíritu así por imposiciones del medio y de los tiempos

modernos, como por influjo de su educación juvenil en las repúblicas sud-americanas:

De esos hombres nada puede decirse que iguale á lo dicho por el más profundo de los oradores republicanos, por el eminente Salmerón, con motivo diferente, pero que es perfectamente aplicable á Suarez.

«Muy difícil dice—es estimar en la época del aprovechamiento y el goce las dificultades que se han tenido que vencer para llegar á aquella situación. Esto es de evidencia y de considerables resultados cuando son diferentes los que laboran y los que aprovechan. Por eso es tan frecuente en las nuevas generaciones rebajar la consideración de las que les precedieron y que con grandes sacrificios han hecho posible y á veces hasta fácil la vida de sus sucesores. Así no me sorprende... la poca estima en que bastantes republicanos tienen la obra á que he aludido y la ligereza con que algunas gentes al parecer respetables se permiten aventurar que todo aquello fué un constante fracaso (1).»

Si, Suarez cayó sin haber visto lucir triunfante el sol de sus queridos ideales á quienes consagró todo el período viril de su vida y hasta los esfuerzos de su vejez, si menos enérgicos, es verdad, no menos apasionados.

Pero no debemos en justicia olvidar ni desconocer su obra, su tiempo, sus medios.

Para él, como para tantos otros que uno á uno van cayendo en el panteón nunca henchido del pasado y para quienes la vida política sólo tuvo espinas, para todos esos oscuros obreros de la idea, sean nuestros recuerdos y nuestra veneración las únicas coronas que honren sus tumbas.

A esos luchadores, á esos caracteres inquebrantables es difícil concebirlos y valorarlos exáctamente en los tiempos actuales, menos idealistas y más prácti-

(1) «El partido republicano en España» por D. N. Salmerón.

cos, más inclinados al orden económico que al de las abstracciones dogmáticas.

A ellos debemos llamarles, con más razón que el ínsigne Murguía á sus poetas regionales, «Los Precursores».



IV.

Suarez literato.—Poesía lírica.—Poesía dramática.—
Novelas.—Su labor periodística en el concepto
literario.

Si bien la figura de Suarez es esencial y genuinamente política, preciso se hace examinarla bajo otros aspectos. Porque los hombres, á manera de las estatuas, aun cuando tengan un preferente punto de vista, elegido en el pensamiento del escultor, pueden ser miradas desde otros, en conjunto y en detalles.

Examinemos pues al biografiado en el campo literario.

Para juzgar al hombre de arte y de letras es necesario trasladarse á su tiempo, al medio que le rodeaba al producir, comprender los elementos que contribuyeron á la formación de su espíritu y de su carácter y examinar los modelos á los cuales adaptó su ser interno, y que tan decidida influencia ejercen para toda la vida en el artista y en el escritor. De otra manera no puede juzgársele.

Veamos pues la época y el medio de Suarez García. Niño casi, y con escaso bagaje intelectual, parte á América y vive en un pueblo virgen, que nacía á la vida de la civilización y de la cultura y mucho mas novicio aun en las esferas de la literatura y del arte.

El destino le lleva á las ingratas tareas del comercio, poco á propósito para el desarrollo de las facultades ideogénicas y al poco tiempo le conduce á Goya que no era ciertamente un París ni un Atenas para formar literatos. El contacto de la naturaleza es siempre fecundo é inspirador. Y en aquella naturaleza riente todo canta, á la manera que cantaban las vertientes del Indo antes de que el hombre apareciera en la superficie del planeta. Y Suarez canta á la Naturaleza, (1) canta á Dios, (2) al Dios emotivo y creador que engalana la tierra, no al Dios dogmático; él no sabe exégesis, ni razona el dogma, él canta como el pajarito que no ha leído la Summa, ni disertado en las contiendas de Bizancio: canta porque su ser siente y vibra por el contacto de la vida, de la selva, de la pampa.

Y las primeras poesías de Suarez son sagradas, son del género de belleza que asciende á las esferas de lo supra-sensible.

Alguna que le oído recitar tiene reminiscencias ideológicas del

«Para y óyeme ó Sol, yo te saludo»
de Espronceda, sin que yo caiga en la ridiculéz de asegurar que se aproxime á aquel acabado modelo de lirismo sublime.

La prueba mas palpable del fondo eminentemente espiritualista de Suarez que destaca en toda su primera época y que no desmiente en el curso de su vida es el siguiente fragmento:

DIOS Y TÚ (3)

¡Dios y tú!, sois mis santas, purísimas creencias,
Amores bendecidos, dulcísimas esencias,

(1) La primera producción de Suarez que conozco es un canto á la ciudad de Cua Cati, en 1853, cosa muy modesta y defectuosa.

(2) Poesías sagradas 1854.

(3) Este pronombre se refiere á *la idea*, á la libertad.

Que embalsamais mi vida con bálsamos de amor.
¡Dios! . . . embellece el cielo, la vida de la gloria;
¡Tú! . . . embelleces el mundo, la vida transitoria,
La llenas de delicias, santo, amoroso ardor.

¡Dios y tú!! sois amores castísimos, divinos,
Eternos en mi alma, dulcísimos caminos
Por dó se sube al cielo en alas del placer:
Astros de luz perennes, cuyo fuego brillante
Ilumina y abrasa mi espíritu anhelante
De amor, que nunca cesa amor apeteecer.
Amores que impregnaron mi espíritu de fuego
Como la luz impregna á los espacios, luego
Que el astro de los cielos rompe la obscuridad:
Amores que en mi alma se albergan divinales,
Y volarán con ella hasta las celestiales
Regiones que se ocultan tras de la eternidad.

Amores que en mi alma se encuentran hermanados,
Y en ella, cuando deje la tierra, aprisionados
Irán hasta las plantas santísimas de Dios;
Y allí entre sus querubes y cánticos de amores,
Entre las armonías, perfume y resplandores,
Cantará el alma mía, su amor puro á los dos.

¡Dios y tú!! . . . seréis siempre la luz de pura llama,
La luz que el pecho mio devoradora inflama,
Fuego del pensamiento, sublime inspiración;
¡Dios y tú!! . . . yo muriendo, volando hasta los eielos
Iréis con mi espíritu, dulcísimos anhelos,
Y allá en la gloria santa seréis mi salvación.

Sí; allí eternamente de santo amor henchido
Por Dios autorizado, por su amor bendecido,
Se abrasará mi alma, amándoos á los dos;
Y en éxtasis divino, por Dios santificado,
Allá en eterna dicha, mi espíritu eneantado
Gozará sus amores, viviendo entre Tú y Dios.

Ferrol, 1862.

Estos versos dicen mas que nada. Ahi está Suarez, espiritualista, creyente, deista, haciendo objeto de sus amores á Dios y á sus creencias, á sus ideas, amores que no entibiaron los años y que fueron inseparables de su ser. La idea lo era todo para él, la forma lo secundario, el ropaje con que vestía á la deidad adorada con inextinguible amor.

Tal es el sello literario de Suarez en la forma, á veces descuidada y en el fondo, siempre sentido, energético, vibrante,

Poco tiempo hubo de cultivar el género lírico: hábalo casi dado al olvido al regresar á España en 1860 y no era después por cierto muy á propósito su género de vida para proseguir el cultivo de las Musas: la anterior poesía, aunque publicada en 1862, es, con toda probabilidad anterior á 1860.

Quizá hubiera trabajado algo mas en el género dramático si los destinos de su vida no hubieran llevado sus actividades por otros rumbos. Varios son los trabajos dramáticos planeados que quedaron en boceto: el único que llegó á las tablas fué «El Honor Español», drama en tres actos estrenado por una sociedad dramática de el Ferrol en sus funciones á favor de las viudas y huérfanos de los marineros gallegos muertos en la campaña del Pacífico.

La acción del primer acto pasa en Santiago de Chile y la del segundo y tercero en el Callao en el momento y en los dias del bombardeo por la escuadra española.

Como obra sugerida por el entusiasmo de aquellos momentos, como destinada un fin benéfico y por lo tanto escrita con apremios de tiempo, merecía toda clase de benevolencias; pero aun prescindiendo de esta predisposición del ánimo, aun dispuestos, á una crítica severa y prevenida en contra, hay que concederle preferente lugar entre las producciones del escritor ferrolano. Plan bien concebido, caracteres bien trazados y sostenidos, desenlace rápido y no previsto en las próximas escenas, y sobre todo esto, flotando en la obra, sintiéndose sin quererlo, una atmósfera de amor pátrio y de discreto entusiasmo que se infiltra en el oyente. No es extraño, pues, que en las noches en que se puso en escena y aun prescindiendo de la benevolencia afectuosa del público, «El Honor Español» valiera á su autor sentidísima ovación.

Porque las inexperiencias que son inseparables de todo noviciado del arte escénico y que quiere uno buscar en la obra en cuestión, no aparecen tan de relieve como fuera disculpable y natural. No hay esce-

nas innecesarias, ni salidas ó entradas inoportunas, el desenlace no es forzado y los caracteres se sostienen hasta el fin sin violencia.

Los demás ensayos dramáticos de Suarez no llegaron á la escena, ni aun á ultimarse en el libreto. Hocios de momentos en que la imaginación planea y divaga sin proponerse seriamente poner fin á la obra, el trabajo es interrumpido por la acción de los acontecimientos políticos y el tiempo reclamado imperiosamente por la labor periodística, de suyo urgente y apremiante.

De entre estos ensayos dramáticos, merece especial mención por estar ultimado, un drama bíblico-fantástico de imposible representación escénica.

Si en esta somera reseña de las producciones de Suarez pasamos á la novela, que fué el género que mas cultivó, se nota tambien la influencia del tiempo, de la educación y del medio que caracterizan al escritor ferrolano.

Empezando por la primera en el orden cronológico, forzoso se hace recordar como brota la idea primaria.

Los primeros tiempos de la juventud de Suárez transcurren en el Sur de América. Allí, en el territorio de Las Misiones, se compenetra de la vida exuberante que en aquella naturaleza palpita, allí, casi en la pampa, recoge la tradición india impregnada del aroma del bosque, en el silencio de los desiertos *yerbales*, silencio solo interrumpido por el grito de la fiera ó del caballo salvaje, tierra y medio en que las pasiones revisten carácter agreste é indomable. La imaginación del jóven Suarez, la imaginación tan solo, emancipada de preceptismo alguno, recoge esa tradición, la siente y la exorna con las galas de una fantasía juvenil; en su alma encuentran eco á un tiempo la superstición del indio y el espíritu cristiano, nunca bien digerido por aquellos hombres que son fuego, sentimiento, irradiación del sol que los ilumina, salvajes como la selva.

En este heterogéneo conjunto, en este medio especialísimo se forma la primera manera de la novela de Suarez y he ahí la génesis de «Los Guaraníes ó la Cruz milagrosa». Supuesto esto, no se busquen en esa obra las nuevas formas que ya revestía la novela al principio de la segunda mitad del siglo que termina. Si con el gusto adaptado á las nuevas formas de novelar, al objetivismo hoy en uso en que desaparece por entero el narrador, en que la obra se desliza de manera dramática, forma y manera en la que el lector es mero espectador y sin embargo á él se le deja el trabajo de deducir, de extractar la tesis envuelta artificiosamente en la acción, artificio que implica la difícil facilidad de que hablaba Boileau; si con el hábito, que tanto puede en el lector, formado en los modernos modelos, se lee «Los Guaraníes», se encontrará amenerado lo que en aquel tiempo no lo era. Estaba entonces muy lejana la escuela realista é imperaba todavía el romanticismo. El maestro era Victor Hugo y el modo de hacer implicaba diluir en largas páginas preñadas de ideas y juicios del autor, lo que la moderna escuela hace deslizar rápidamente. Y esto nos parece hoy pesado, y no nos parece que lo son las interminables descripciones tan al uso en la escuela descriptiva y efectista, en la que el escenario es tanto y mas que el protagonista.

El imperio del romanticismo se revela en el diálogo: el arcáico *vos*, desusado en la práctica, continua en la novela; indios y soldados, labradores y frailes, todos hablan lenguaje cortesano.

Entonces esto era lo natural y lo corriente. No de otra manera procedían novelistas españoles muy aceptados.

Aquellos que creían acercarse al naturalismo distaban miles de leguas de la naturalidad. Tárrago Mateos, Antonio de Padua, Ortega y Frias, Fernández González que tan alto sobresalió en la novela caballescá, que es la que propiamente le caracteriza y sobre todo Pérez Escrich que entusiasmaba á las muche-

dumbres con sus novelas de á cuarto la entrega, seguían iguales derroteros. Era entonces absolutamente desconocida en España la novela realista; aun no regresara de Africa el ilustre soldado que habia de popularizar el apellido de Alarcón, no viniera al mundo de las letras el hoy maestro Valera, y menos aun hiciera su orto el astro de la literatura española contemporánea, el incomparable Perez Galdós, hoy celebrado de propios y extraños, y como maestro mirado por los mismos extranjeros, despues de ser tenido en algun tiempo, por espíritus poco reflexivos, como mero imitador de Herkman Chatrian en sus Episodios Nacionales.

«Los Guaranies» representa la manifestación espontánea, de las facultades naturales de Suarez vírgenes de preceptismo literario. Es esencialmente obra imaginativa, inspirada en América y quizá escrita para América, donde el lector se identificaría mejor que el español con la tendencia y la estructura de la obra.

Mas fondo, mas intención, mas tesis revela «Los demócratas ó el Angel de la libertad» (1), libro á todas luces de propaganda liberal. Escondida entre los episodios de la acción hay una completa exposición de la doctrina democrática, no solamente como teoría abstracta, sino con detalles de forma, casi como una exposición de motivos de un código fundamental.

A primera vista se nota que lo que allí se propuso Suarez fué hacer de la narración pretexto para llevar á todas las clases, á todos los hogares, á todas las conciencias una doctrina que expuesta en un libro político no hubiera encontrado tal aceptación y tantos lectores.

Todo allí está subordinado à éste fin, desde el título hasta los incidentes, desde la dedicatoria hasta el epilogo. Preciso es convenir en que dentro de su género, aceptando el marco en que el autor quiso colocar la acción, el libro está henchido de hermosos pen-

(1) 1863. Imprenta de Taxonera.

samientos que ojalá se grabaran en el ánimo del lector.

He aqui algunos tomados al acaso:

«El escepticismo en religión, en moral, en política es el tósigo corrosivo que emponzoña el espíritu de la sociedad.»

«Debemos decir lo que creemos y creer lo que sentimos.»

«Hablar lo contrario de lo que se cree es inicua y repulsiva hipocresía.»

«Las almas rectas ven siempre con repugnancia el sacrificio de la conciencia, cualesquiera que sean las consideraciones que lo motiven.»

«Los Demócratas» es la obra que mejor refleja á Suarez en todo su ser interno y artístico, en su parte moral y en su tendencia política. En ningun otro libro aparece tan claro el cánón de sus ideas, su conciencia, su personalidad, en todos sus modos interiores y psicológicos. A *la idea* lo subordina todo, absolutamente todo: de esa idea vivió constantemente enamorado; la libertad fué para él lo que Blanca de Castelo para Raimundo Lulio.

Y amó tanto á la libertad porque sabia lo que era no poseerla.

Naciera Suarez bajo el reinado del Rey miserable que conspirara contra su padre y denunciara luego á Escoiquiz y á sus fieles amigos, del rey desnaturalizado que difamara á su madre, que lamiera los piés del Emperador Corso, pidiéndole una princesa de su sangre y felicitándole por sus victorias sobre los españoles, que al batirse por su independencia aclamaban y bendecian al infame que los deshonoraba y le llamaban el Deseado.

Por eso Suarez amó la libertad con amor eterno; porque habia nacido bajo la tiranía.

Más acentuada tendencia modernista, mas literaria y menos política señala en Suarez su obra «Los Invasores», novela dramática cuya acción se desarrolla en el Ferrol, obra henchida de espíritu patriótico y sabor

de los ferrolanos inmortalizó, regándolas con su sangre, las cumbres del monte Brión. En ese medio que ya nos es mas conocido podemos juzgar mejor las dotes del autor para novelar un hecho histórico y exponer su acción en lugares que son nuestros, como nuestras son las costumbres, nuestras las pasiones y nuestra la gloria de los protagonistas.

Al elegir como fundamento de esta obra el desembarque de los ingleses en Doniños, Suarez fué mucho mas afortunado y á parte del progreso que literariamente supone, revélase el modo de ser, de pensar y de sentir del autor; el amor à la patria y al pueblo que le vió nacer vibra constante en todas las páginas y la obra interesa sobremanera á cuantos vivimos en los lugares descritos.

Pero tampoco en esta obra entraba Suarez en el estilo y en la forma ya dominantes. El que era eminentemente revolucionario en todo, no sabía serlo en literatura; seguía viviendo en la primera mitad del siglo.

Hay que aceptar al escritor tal como él es y quiere ser, juzgarle en la época en que se formó y en que él quiere vivir literariamente hablando. Y supuesta esta aceptación nuestra de las condiciones de Suarez: pasemos á su libro postrero, á su novela «Grandal», obra tan ferrolana como los «Invasores», pero que entró mas en nuestra masa de lectores y que penetró en todos los hogares.

«Grandal» es la mas hermosa de las tradiciones ferrolanas y como tal fué felizmente elegida por Suarez; por fuerza natural de los sentimientos humanos, había de ser simpática á todos los hijos del Ferrol. Y tanto lo fué, que tuvo tantos lectores entre la colonia americana de Cuba, del Sur de América, como en nuestra ciudad.

«Grandal» es un tipo popular de ayer y sin embargo parece legendario: apenas se extinguió la generación que le ha conocido y ya el tipo aparece esfumado por la distancia.

Como todas las figuras legendarias que simbolizan un tipo definido que encarna en el pueblo, en torno suyo se agrupan todas las anécdotas, todas las tradiciones análogas y congéneres, y al cabo de muy pocos años es imposible constituir la verdad histórica, separando lo real de lo ideal, los hechos realizados por el héroe ó el personaje, de los que la fantasía popular le atribuye tomándolos de otras fuentes y de otros orígenes semejantes en el fondo de la significación ideológica.

Todas las civilizaciones y todas las épocas crean estos personajes y todos los tiempos los exhornan y embellecen de igual modo. Desde las literaturas orientales cuyo origen se pierde en los comienzos de la humanidad, desde el tiempo casi prehistórico de los poemas índicos contemporáneos del Ramayana, hasta los poco menos remotos de las hazañas de Aquiles y de la guerra de Troya desde las proezas del bíblico Sansón y del Hercules griego hasta las relativamente modernas de los Doce Pares de Francia y hasta el prototipo del valor español, del novelesco y legendario Cid Campeador, estas figuras que encarnan el valor asociado á la idea de la justicia, se constituyen en la mente popular de una manera perfectamente análoga. La imaginación del pueblo es mala fuerte histórica, pero constituye inagotable manantial de inspiración para el poeta y el novelista. Pretender reunir en un libro todos los chistes que se atribuyen al satírico Quevedo es escribir una obra de cincuenta tomos.

Así Grandal, el Sansón ferrolano, el Hércules gallego, se ofrece á la pluma de Suarez, legado por las tradiciones de nuestra ciudad, donde su recuerdo perdura y de los labios del anciano sentado al fuego en las largas veladas de invierno pasa á los oídos del nietezuelo que un día repetirá la conseja.

En esta novela se revela Suarez tal como es y como habia de ser hasta su muerte, así en el concepto literario como el psicológico.

Era Suarez amantísimo hijo del Ferrol y su amor

palpita en aquellas páginas: era Suarez por instinto y por carácter amigo de los humildes, de los pequeños, de los que sufren y esa afición permanece manifiesta en toda la obra. No era Suarcz ateo, como alguien poco conocedor de los hombres pudiera creer y su creencia se revela docenas de veces en los labios del niño Pedrin que con el héroe comparte el interés, de la acción, invocando á cada paso á Dios, confiando en su providencia, haciéndole velar por la inocencia desvalida y desbaratando las malas artes del bandido Mateo. No era Suarez discípulo de la escuela descriptiva y no vemos en las páginas de «Grandal» las descripciones á que se prestaría la riente campiña del Ferrol y las bellezas de su lago marino que se duerme entre linfas y flores como las ondinas de la fábula. Era Suarez hombre de síntesis, no de análisis y va derecho á la síntesis y á la moral del hecho por el camino que él concibe mas recto y breve.

Estaba Suarez impregnado de espíritu cristiano, no parezca atrevida la afirmación, y encarna ese espíritu de caridad, misericordia, amor y perdón en el hermoso tipo del padre Benito, tipo que no pintaría con mas simpáticos trazos el mas ortodoxo escritor.

Tampoco se busquen en esta novela las nuevas formas literarias entonces ya extendidas por todas las literaturas nacionales.

La vida periodística y política, siempre agitada, le impedía seguir el movimiento literario de su época y paladear las obras de Pereda, Valera, Jacinto Octavio Picón, Armando Palacio Valdés, la Pardo Bazán, Blasco Ibañez y sobre todo del insigne Galdós. Ni había estos autores en su biblioteca ni él tenía tiempo para la lectura. En cambio recreaba alguna vez sus ocios de la Cabana, aun en sus últimos días, leyendo á Walter Scott, recreándose en Bug Jargall, El hombre risueño, Nuestra Señora de Paris, sobre todo los Trabajadores del Mar, Los Miserables, todas las producciones de la primera y aun de la segunda época de Victor Hugo. Quizà quiso imitar al Ga-

vroche de Victor Hugo en su hermoso pilluelo ferrolano, en Pedrin.

✦ Alguien le atraía, por misteriosas atracciones del espíritu, á aquellas páginas en las que se revelaba simbólicamente su fondo espiritual, por no decir sus tendencias orgánicas.

;) Para Suarez en literatura como en política regia el sistema de Ptolomeo y el sistema copernicano era una figura emblemática.

‡ Con «Grandal» concluye la vida literaria de Suarez García y quizá también la vida corpórea. Atormentado ya por los achaques, sin estómago, sin pulmón, axfisiado por las bajas temperaturas, utilizaba los instantes en que los rayos del sol lo vivificaban para entregarse á la única labor que le eralícita. En esos hermosos días de los últimos veranos de su vida sentía renacer en su ser algo de los alientos de su edad viril: escondido en las poéticas frondas de su retiro de la Cabana, en aquellas templadas espesuras, escribió en el estío de 1897 las últimas páginas de su novela.

Digámoslo bien claro en su honor: Suarez no quiso, ni pensó, ni se propuso ser literato. Resultó serlo sin proponérselo, sin hacer para ello estudios comparativos, sin pensar en modelos. Mil veces me lo dijo. «Escribo como otro se recrea con un instrumento musical; tal como salían allá iban á las cajas las cuartillas.»

Aun en el orden literario de que me ocupó, Suarez era genuinamente el prototipo del propagandista, no el literato que en las letras y solo en las letras busca el triunfo, por ministerio del arte. En sus obras se meditaba el plan y la finalidad, sobre todo esta última y durante la ejecución de la idea descuidaba la forma, el detalle, el estilo: podría hacerlo si se lo propusiese; es que no quiso jamás dedicar al culto de la forma, el tiempo y la minuciosidad que hoy exige el cultivo de las letras. Producía á prisa, muy á prisa; quien sin volverlas á leer envía las cuartillas á la imprenta es posible que llegue á dar forma á la idea,

pero no que vista esta con arreglo á las exigencias de lo moderna indumentaria intelectual.

Por eso el periodismo con su forzada velocidad en la producción encajaba mejor en sus facultades; la literatura periodística, labor de batalla, flor que como la amapola vive un día, se adaptaba como ninguna otra á su *modo de hacer*; su género no era el óleo concienzudo y reposadamente ejecutado; su género era la acuarela impresionista.

Los chispazos de su mente, las genialidades características de su ser hay que buscarlas en el periódico; en el Diario y la Opinión de Corrientes, en el Diario del Paraná, en el Criticón de Madrid, en el Ayo, (1) en el Eco del Ferrol, en la Democracia, hay que buscar las fogosas llamaradas de su carácter. Costábale sumo trabajo ceñirse á la corrección de forma con que la prensa moderna enmascara el ataque y endulza la herida: sin querer íbase á la palabra exacta y escueta que etimologicamente traduce la idea: necesitaba violentarse mucho para llamar inexactitud á lo que era mentira, irregularidad al robo, incorrección á la ruindad canallesca, error al disparate, para emplear, en fin, los enfemismos que la moderna cultura impone, desnaturalizando el idioma, encubriendo la intención y falseando los caracteres de los hombres.

Pero el que necesitase violentarse, no quiere decir que no lo hiciese y que aun imponiéndose á las espontaneidades de su pluma, no lograrse obtener un estilo correcto, culto, fluido, no menos que intencionado y viril.

Tal era el periodista.

No menos especial y curiosa era su oratoria. Formado en la caldeada atmósfera de los comités post-septembrinos, donde la emoción del auditorio era la finalidad apetecida, Suarez era en este terreno un modelo especial y *sui generis*.

(1) *El Ayo*, periódico satirico se batia encarnizadamente con *La Franca*, de los liberales monárquicos (1869) dando lugar á mas de un disgusto.

Importábale poco conservar la proporcionalidad y la estructura de las partes del discurso: suprimía el exordio y convertía en peroración la exposición, reservando á veces para el epílogo la demostración de la tesis. Muchas de sus oraciones parecían querer imitar á las catilnarias.

No pocas veces intercalaba la frase que habia de provocar la carcajada entre periodos emocionales y vibrantes que determinaban ardorosos aplausos y pasando de la moción de las pasiones violentas al extremo opuesto; lograba el fin apetecido.

Era el tránsito constante del género dramático grande al cómico chico.

Pudiera decirse que buscaba mas el asentimiento de las voluntades que el dominio de la razón fria.

Y habia que reconocer que entre su oratoria emancipada del precepto retórico y otra mas escultural y académica, el público prefería y daba el triunfo á la suya.

Conocía como pocos á su auditorio y á su medio.

Tal era el orador.



V.

Lo que significa Suarez en las pasadas democracias y lo que significa en las democracias del porvenir.

Hora es ya de juzgar en síntesis la obra política de Suarez. Un pueblo con una historia como la de España, á ninguna otra parecida, un pueblo á ningun otro análogo, con tanta sangre árabe como celtibera, por encima del cual pasa impugnemente el huracán de la revolución francesa y que sigue durmiendo el soporífero sueño de la ignorancia y del fanatismo, quiere entrar, aunque retrasado y á deshora, en el camino de la cultura y de la civilización, empujado por una docena de espíritus que se adelantan á su tiempo y á su medio social.

Hay que aceptar á esos espíritus superiores como son, y no solo aceptarlos si nó bendecirlos: no medirlos por su propia talla, sinó con relación á la talla de sus contemporáneos.

En los tiempos de la propaganda oral y periodística de Suarez, la aspiración democrática estaba contenida en límites mucho mas restringidos que hoy.

Antes del 68 el *sine non* de la victoria en un pueblo tan atrasado como el español era la conquista de los derechos políticos. Tal fué la obra de las Constituyentes de 1869, no bien apreciada hasta que la res-

tauración nos trajo al vergonzoso estado en que yace la España actual. El principio democrático inspiró aquella valiente é inolvidable campaña mantenida por los diputados republicanos para impedir que la Internacional fuese declarada fuera de la ley, en frente de todos los demás partidos, incluso los que se llamaban liberales y demócratas.

Pero la elaboración verificada en las clases trabajadoras poco despues de la caída del imperio francés en Sedan, al producir una nueva organización del proletariado, trajo nuevos elementos al palenque de las ideas, alejó del teatro de las luchas políticas á una gran parte del elemento obrero, y originó el ascenso de los partidos republicanos á una categoría, á un escalón mas alto en la nomenclatura de los partidos políticos. Ya los republicanos no eran la hueste mas avanzada y peligrosa del ejército popular, puesto que no admitian el cánon de los principios colectivistas.

No era extraño que los veteranos encanecidos en la lucha, como Suarez, no se diesen cuenta cumplida de la transformación operada en aquellas disciplinadas masas que vieran en él su gefe, su apóstol y su oráculo. Ni él, ni apenas nadie de su tiempo veia claramente como una nueva era geológica creaba un nuevo terreno que se superponia al anterior.

Por otra parte los ataques del socialismo eran ruidos, dándose el contraste de que se mostraba relativamente benévolo con los partidos monárquicos y doctrinarios, mientras se ensangrentaba con los luchadores del tiempo de Suarez que habian cooperado á la Revolución de Septiembre y propagado despues el credo mas ampliamente democrático que jamás se profesara por las multitudes; el credo republicano federal.

Acostumbrados los viejos y beneméritos gefes á la disciplinada marcha de los partidos siempre obedientes á su voz, encontraban anómalo, monstruoso, que existiese un dogma mas avanzado, llamado á subver-

tir no solo la organización política, sino la constitución entera de la sociedad.

Suarez continuaba viviendo en el mundo filosófico de Kant que tan profunda influencia ejerció en la vida filosófica de Europa y que llevó á los espíritus de la enciclopedia, como dice Littré, el escepticismo en metafísica y por maravillosa contradicción el dogmatismo en moral. Y si Suarez murió siendo enciclopedista, sin que á su alma llegase la influencia de Schopenhauer, ni menos el contacto de Nietzsche, no ha de extrañar que no le despertase de su política soñadora y poética el evangelio de Karl Marx que entraba entre las masas del cuarto estado como el rio de lava en los viñedos de las faldas del Vesubio.

Y cuando mas tarde el ideal acrático fué la creación novísima que del corazón de Europa irradiaba principios aturdentemente atrevidos é innovadores por todos los ámbitos del mundo, cuando este ideal encontró acogida en cerebros de publicistas, de profesores, y tuvo apóstoles y definidores y comentadores de los principios de Bakounine, Suarez con casi todos sus contemporáneos sonreia tristemente al escuchar lo que para él era una vesania social llamada á aniquilar la vieja Europa. Aquellos venerables apóstoles habian sido mirados durante tantos años como agitadores y disolventes del organismo social, como hombres fieras encargados de encender la tea y de lanzar á las multitudes contra to lo órden, que no podían resignarse á pasar por conservadores, ni á ser mirados como bondadosos é inofensivos *burgueses*.

Ni aun en sus últimos días se dió cuenta Suarez de que el mundo marchaba tan á prisa como á él se le iba la vida y de que el artículo que le costara trabajo admitirme en las columnas de «La Democracia» el 1.º de Mayo de 1890 saludando á la huelga internacional y al nuevo sol que aparecía en los horizontes de la humanidad como último desenvolvimiento de principios predicados hacia 1900 años tenia el defecto de ser... demasiado conservador.

Es natural, es lógico, es humano que quien fué tantos años última y mas aguda nota de la gama de las ideas no pueda concebir nuevas sonoridades que rechaza el oído habituado á menos estrepitosas armonias.

Cuando se ha consagrado toda la vida á un apostolado, con fé, con los ardimientos de la edad viril, con los entusiasmos que aguija y excita el aplauso de las muchedumbres, la muerte no es un mal, es un bien, preferible á que el olvido, á que el reemplazo de los ideales, traigan al espíritu antes que al cuerpo, frios de muerte y dolores íntimos que no puede sentir el cadáver.

Si, bendita sea la muerte, redentora del dolor, libertadora de las almas, descanso de la lucha, pero mil veces mas bendita cuando la senectud corroe el zócalo de las estátuas que fueron ídolos, y amenaza convertir en inercia y en parálisis lo que fué energía y lucha, movimiento y vida.

A cada época sus hombres.

La figura de Riego no resiste hoy al análisis, ni por su cultura, ni por su alcance, ni por su muerte que dista mucho no ya de las serenidades olímpicas de Sócrates bebiendo tranquilo la cicuta, sinó de la viril entereza de Padilla.

Los hombres de las Cortes inmortales de Cádiz, aun *el divino* Argüelles, el Castelar de la epopeya de la independencía, quedarían hoy al nivel de algun modesto diputado de la izquierda dinástica, si los viésemos empezar la primera página de una constitución política con una profesión de fé propia de un libro místico.

Y sin embargo Riego hizo mas por la propaganda de la libertad que toda la pléyade actual de brillantes escritores avanzados; y los diputados de las Constituyentes de Cádiz al escribir su código bajo las bombas francesas merecen recibir en estátuas de bronce los honores de la inmortalidad.

Sí. A cada tiempo sus hombres.

Con este criterio es preciso medir á la generación

que se extingue y que sembró la semilla no ya de la doctrina republicana democrática y por añadidura federal, sino tan solo de la escuela liberal, hoy combatida por la reacción con la aserción salvaje que hace crimen del liberalismo, al ver en peligro la grata posesión de un privilegio inmerecido y de una dominación injusta y brutal.

Admiremos pues la obra de la generación que se extingue, por imperfecta que ella pueda aparecer en los futuros desenvolvimientos á que está llamada la actividad humana. Esos viejos merecen todos nuestros respetos, no por veneración debida á la ancianidad, siempre respetable, sino por la cuantía y alcance de su misma labor, por la lucha que sostuvieron con la tradición y la rutina, por los odios que concitaron al hablar un lenguaje enteramente nuevo en un pueblo estupidizado que aún ayer gritaba: «¡Vivan las cadenas!».

Hablar de derechos humanos anteriores y superiores á toda ley, exponer los fundamentos del derecho natural, negar la teoría que hoy solo carcajada excita, del derecho divino de los reyes y que ninguna persona culta descende á defender y controvertir, hacer depender el organismo del Estado del asentimiento de los organismos sociales que tienen su punto de partida en la familia y en el municipio, lanzar la para algunos asombrosa doctrina de la separación de la Iglesia y del Estado, toda vez que el reino de aquella *no es de este mundo*, doctrina aceptada por los mismos poderes teocráticos allí donde la fuerza la impone, decir esto, que hoy es elemental, trivial en todas partes menos en Mariuecos, en España, en Turquía y en Rusia, era granjearse odios inextinguibles, odios africanos, ser mirado como un perro.

Los que en aquellos tiempos fueron como Suarez lo fué, apóstoles de las nuevas ideas que ya imperaban en todo el mundo menos en España, deben de ser medidos por la medida de su tiempo, considerados

como hombres superiores y venerados por los que vinieron al mundo en mejores días.

Ellos ofrecen á la juventud actual ejemplo de entereza para defender y propagar las propias convicciones.

Y tanto mas, cuanto que la juventud española de nuestros días ofrece marcados caracteres de degeneración.

No es menos ilustrada, esto no puede afirmarse en modo alguno: es menos viril, menos entera, menos fecunda, menos generosa.

Un falso axioma universalmente aceptado es el que establece la ley de que la superstición, la rutina, la preocupación, el rebajamiento de los hombres se halla en razón inversa de su grado de instrucción.

Si esto es verdad respecto de los pueblos, no lo es tan en absoluto en cuanto á los hombres individualmente considerados. No parezca atrevida esta afirmación.

Lo que yo niego es la proporcionalidad constante, aritmética.

La juventud que hoy en compactas muchedumbres arrojan provista de títulos académicos nuestros centros docentes es mucho mas numerosa que hace medio siglo: mayor es tambien el campo que les ofrecen las ciencias experimentales cuya influencia trasciende á las morales y políticas; las bases en que asientan las ideas fundamentales son cada día mas sólidas, mas amplias, mejor establecidas: el derecho natural aspira á influir en la sociología mas de lo que influyó en los tiempos del Digesto: no puede, en fin, en modo alguno afirmarse que la instrucción de esa juventud sea menor que la de sus abuelos.

Y sin embargo de esto, que es innegable, nuestra juventud ilustrada retrocede, es mil veces menos progresiva que lo era hace medio siglo, hace tan solo treinta años, está mucho mas predispuesta que aquella á tolerar y disculpar todas las grandes infamias sociales,

todas las grandes violaciones del derecho natural, todos aquellos abusos de autoridad y de poder que entorpecen el libre desenvolvimiento de las facultades humanas.

Injusto fuera tachar á esa juventud de ignorante. Y mas injusto todavia fuera suponer que es hipócrita, que miente una aprobación externa reñida con su convicción interna, llevada de ambiciones, de aspiraciones irrealizables en los campos avanzados de la política y en las escuelas filosóficas hasta hoy condenadas y perseguidas por la mayoría, por la ley brutal de la mayoría, jamás fuente y origen del derecho estricto.

No yo no puedo ver en esa juventud en general ni ignorancia, ni hipocresía, ni mentira utilitaria.

Es que esa juventud está envenenada.

Departía yo muy recientemente con un ilustradísimo joven, cuya hoja de estudios es una serie de brillantísimos triunfos, cuya potencia intelectual escede con mucho al nivel medio de nuestro ambiente social, joven que consideré siempre como una esperanza de su patria y una gloria futura de su pueblo, á quien ni cuerdate puede mirarse como ignorante, ni como superficialísimo erudito, ni menos aguijado por la ahogadora necesidad de sentarse pronto al banquete de la vida.

A mi me causaba espanto, me aterraba oírle discurrir con envidiables serenidades de un espíritu lúcido, razonador y admirablemente templado para la contienda, acerca de la época contemporánea, aceptar la gran infamia de nuestras recientes derrotas como un bien y una necesidad, esculpar á la causa que llevó á muerte cierta y deliberadamente prevista á nuestra escuadra de Cuba, inmolándola como á nuevo Moloch á entidades secundarias y deleznable ante el concepto de la patria, aprobar sonriente y disculpar con eufemismos la vergonzosa reacción que nos envilece y nos prostituye, nos roba nuestra dignidad de hombres y trae á nuestra viril tierra las vergüen-

zas de Babilonia y de Pentápolis, aquí nunca conoci-
das; exculpándola con la dolorosa necesidad de las
creencias en las masas ignorantes y negando que ella
fuera la causa de la pérdida del imperio colonial de
Filipinas.

Esta juventud discreta y jurídica, razonadora y
culto, que jamás accidenta su correcto lenguaje con
los enérgicos y peculiares modismos de nuestro idio-
ma; esta juventud que piensa con la razón fría y no se
deja llevar nunca de los dictados del corazón; esta ju-
ventud para quien el derecho escrito lo es todo, cual
si el derecho escrito no fuese también *summa injuria*
y no cambiase con los tiempos y las civilizaciones; es-
ta juventud no tiene una palabra de protesta, un no-
ble movimiento de indignación contra las dos grandes
infamias de la historia española contemporánea que
constituyen nuestra deshonra; la ley Cárdenas (1) y
el indulto de Montjuich; la una mil veces más bárbara
que el Fuero Juzgo y la otra tal que bastaría á con-
vulsionar un pueblo que no estuviese envilecido, mu-
cho más de lo que convulsionó á Francia el asunto
Dreifus.

Sí; esa juventud en cuyas almas parece que debía
encontrar albergue cariñoso toda idea grande y todo
sentimiento levantado, mira como hombres raros, ex-
céntricos, desequilibrados, á cuantos nos preocupa-
mos de la libertad y del derecho ajeno, á cuantos he-
mos defendido con la palabra ó con la pluma á los in-
felices martirizados en Cataluña, perseguidos por
sus ideas, no por sus actos ilegales, á cuantos en fin,

(1) Recordará el lector que siendo solapado é hipócrita
el empeño de la Restauración de destruir la obra legislativa
revolucionaria, solamente fué brutal y descaradamente
reaccionaria la ley que con efectos retractivos, disolvió las
familias legalmente creadas y declaró naturales los hijos
legítimos nacidos al amparo de la ley del Matrimonio Civil,
privando en las sucesiones y en los derechos civiles,
los desastres que cualquiera puede suponer.

para decirlo gráficamente y de una vez, nos *metemós* en aquello que egoísticamente *no nos importa*, y tacha de caducos á los nobilísimos viejos que aman algo, piensan en algo y sienten algo que no afecte al *yo*.

A esos viejos puede decirles la Historia como Cristo á la bella de Magdalo: «Mucho te será perdonado, porque mucho has amado».

Ante el espectáculo que ofrece la *juventud vieja* ¿como no alabar á la *vejez joven* que supo hallar en su amortiguado organismo, ideas y sentimientos, altruismos y abnegaciones, energías y virilidades?

Honrémonos descubriéndonos ante las cenizas de esos ancianos y cubriendo de flores sus tumbas.



FÉ DE ERRATAS



Pág.	Línea	Dice.	Debe decir.
19	23	Anjon	Anjou
20	7	era	eran
21	2	bul ía	bullía
27	35	le	la
30	8	investigémoslo	investiguémoslo
id.	14	las	la
33	17	en	de
36	29	otros	otras
id.	36	basto	vasto
57	2	Lamare	Lamaza
60	15	disfigurados	desfigurados
62	9	españul	español
68	10	Sallés	Vallés
73	29	prudentes	procedentes
74	4	acusacienes	acusaciones
75	3	le	lo
id.	8	tantos	tantas
76	30	emfriar	enfriar
id.	15	ó	á
78	4	una	otra
81	24	dióse descanso	dióse al descanso
86	14	figara	figura
87	36	tiempus	tiempos
96		al final de esta página añádase la siguiente línea: «local en el tiempo en que el valor»...	
100	13	axfisia	asfixia
101	14	Eco del Ferrol	Eco Ferrolano
110	nota	retractivos	retroactivos

PUNTOS DE VENTA



EN EL FERROL

Librería é Imprenta de «El Eco Ferrolano»,
Real 80.

Librería y Centro de suscripciones de los señores
Eloizaga y Uralde, Real 82

Librería de Obertín, Real 104.

EN LA CORUÑA

Librería Regional de D. Eugenio Carré Aldao,
Real 30.

Y en todas las principales librerías de Galicia.

Los pedidos al autor, Magdalena 117 2.º con las
condiciones acostumbradas.

Precio 75 céntimos

